

Enero 1975
(año XXVIII)
Precio:
2,80 francos franceses



El Correo

McFon
Una ventana abierta
al mundo



los esquimales

un pueblo
que no quiere
desaparecer



TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

95

EGIPTO

La reina Nefertiti

Las Naciones Unidas han proclamado 1975 «Año Internacional de la Mujer». Durante el mismo, «El Correo de la Unesco» se propone reproducir en la página «Tesoros del arte mundial» de cada número obras de arte dedicadas a la mujer. Para empezar, he aquí el célebre busto de la reina Nefertiti (50 centímetros de alto), que data de hace 34 siglos. Fue descubierto en el taller de un escultor egipcio, entre las ruinas de la ciudad de Akhetatón (actualmente Tell el-Amarna), solar arqueológico del Alto Egipto situado a unos 300 kilómetros de El Cairo. Nefertiti fue la esposa del faraón Amenofis IV, o Akhenatón, que fundó dicha ciudad. El busto aquí reproducido se conserva en los Staatliche Museen de Berlín.

14 JAN. 1975

ENERO 1975 AÑO XXVIII

PUBLICADO EN 15 IDIOMAS

Español	Arabe	Hebreo
Inglés	Japonés	Persa
Francés	Italiano	Portugués
Ruso	Hindi	Neerlandés
Alemán	Tamul	Turco

Publicación mensual de la **UNESCO**
(Organización de las Naciones Unidas para
la Educación, la Ciencia y la Cultura)

Venta y distribución

Unesco, Place de Fontenoy, 75700 Paris

Tarifa de suscripción anual : 28 francos

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducirse los artículos y las fotos deberá hacerse constar el nombre del autor. En lo que respecta a las fotografías reproducibles, serán facilitadas por la Redacción siempre que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de la Redacción de la revista.

Redacción y Administración

Unesco, Place de Fontenoy, 75700 Paris

Director y Jefe de Redacción

Sandy Koffler

Subjefe de Redacción

René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción

Olgo Rödel

Redactores Principales

Español : Francisco Fernández-Santos

Francés : Jane Albert Hesse

Inglés : Ronald Fenton

Ruso : Georgi Stetsenko

Alemán : Werner Merkali (Berna)

Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)

Japonés : Kazuo Akao (Tokio)

Italiano : Maria Remiddi (Roma)

Hindi : Ramesh Bakshi (Delhi)

Tamul : N.D. Sundaravivelu (Madrás)

Hebreo : Alexander Broïdo (Tel Aviv)

Persa : Fereyduñ Ardalan (Teherán)

Portugués : Benedicto Silva (Rio de Janeiro)

Neerlandés : Paul Morren (Amberes)

Turco : Mefra Telci (Estambul)

Redactores

Español : Jorge Enrique Adoum

Francés : Philippe Ouannès

Inglés : Roy Malkin

Ilustración : Anne-Marie Maillard

Documentación : Christiane Boucher

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista

Página

4 LOS ESQUIMALES UN PUEBLO QUE NO QUIERE DESAPARECER

Un debate sin precedentes :
los derechos humanos en el Artico

12 DE LOS HIELOS POLARES A LA GRAN CIUDAD

« El desarrollo del Norte es un proceso histórico irreversible »
por Alexander Stevenson

14 UNA CULTURA QUE NO DEBE MORIR

Un nuevo desafío para los esquimales :
cómo preservar su modo de vida tradicional
por Jean Malaurie

18 « DADME EL INVIERNO, DADME LOS PERROS... »

Fotos

20 « YO NACI HACE MIL AÑOS »

Carta abierta de un jefe indio
por Dan George

21 GENTES DE PAYNE BAY

Un manual escolar hecho por los esquimales
y para los esquimales

27 EN LA TUNDRA SOVIETICA

Cuando los escolares aprenden a manejar el lazo
por Vladimir I. Vasiliev

34 A PROPOSITO DE ISRAEL

Declaración del señor Amadou Mahtar M'Bow,
Director General de la Unesco

2 TESOROS DEL ARTE MUNDIAL,

La Reina Nefertiti (Egipto)



Nuestra portada

Un trineo tirado por perros en la desolación del Artico — imagen de la vida tradicional de los esquimales hoy enfrentados a la civilización moderna — parece cruzar como un recuerdo el rostro de este esquimal de Groenlandia. La composición gráfica ha sido realizada para nuestra revista por Rolf Ibach, grafista de la Unesco.

Fotos © Camera Press, Londres
y © Bonnardel, Aix-en-Provence

A NUESTROS LECTORES

Pedimos excusas a aquellos de nuestros lectores que hayan recibido con retraso los números de *El Correo de la Unesco* correspondientes a noviembre y diciembre de 1974. La causa ha sido una huelga prolongada de los servicios franceses de correos.

LOS ESQUIMALES

Un pueblo que no quiere desaparecer

Un debate sin precedentes: los derechos humanos en el Artico

« El Correo de la Unesco » dedica el presente número a los derechos humanos de los esquimales y a la difícil lucha que libran para no desaparecer como pueblo. Las poblaciones esquimales, que desde hace dos mil años llevan una vida nómada en las inmensas extensiones del Artico, han recibido casi de golpe el impacto del desarrollo económico y cultural de nuestra era tecnológica que amenaza con destruir irremediamente su cultura original, su modo de vida, su idioma e incluso su existencia como grupo étnico. En su 18a. Conferencia General, celebrada en octubre-noviembre de 1974, la Unesco decidió facilitar durante el bienio 1975-1976 la cooperación entre expertos en estudios árticos de diversas regiones como el Canadá, los Estados Unidos, la Unión Soviética y el norte de Europa. El objetivo de esa cooperación es poner de relieve «la cohesión cultural de una vasta región del mundo cuyas poblaciones, cuyos valores... son todavía en gran medida desconocidos por el público en general». Como introducción a este número ofrecemos seguidamente algunos fragmentos esenciales del debate que tuvo lugar en un coloquio sobre el desarrollo económico del Artico y el futuro de las sociedades esquimales. El coloquio se celebró en un congreso internacional organizado por la Fundación Francesa de Estudios Nórdicos (1). En tal ocasión, el Premio Nobel de la Paz y Presidente del Instituto Internacional de Derechos Humanos, señor René Cassin, subrayó pertinentemente el hecho de que «por primera vez en su historia los esquimales mismos —de Alaska, de Canadá, de Groenlandia y de Siberia— (habían) podido reunirse para discutir problemas de interés común».

Textos © copyright

Jacques ROUSSEAU

(Canadá)
profesor del
Instituto de
Geografía de la
Universidad
Laval, Centro de
Estudios Nórdicos,
de Quebec.
(Hoy fallecido).

Acostumbramos a juzgarlo todo como occidentales. La historia la han hecho siempre los blancos y para los blancos. Decimos: «Los blancos, los franceses, descubrieron el Canadá.» Pues bien, yo estoy publicando una historia del Canadá en la cual son los indios quienes descubren a los franceses y a los ingleses. Tenemos que procurar abarcar estos dos puntos de vista. Los indígenas son seres humanos como nosotros, pero evolucionan como los blancos y seguirán evolu-

cionando como ellos.

Mis antepasados europeos, franceses e ingleses, se comprometieron con mis antepasados amerindios —reconozco ser a este respecto un verdadero cóctel— a respetar sus derechos, a facilitarles la vida y a favorecer su evolución.

Los blancos se instalan en nuestro país, en el Canadá, con su derecho y sus leyes y, desde el primer momento, se produce un equívoco que persiste todavía hoy en el Extremo Norte. Los blancos se instalan como en su propia casa, apoderándose de un territorio que de hecho, cuando no de derecho, pertenece al grupo, a la tribu, a la comunidad.

No existe el concepto de propiedad privada. Aquí sólo

se conoce la propiedad comunitaria. No digo «propiedad colectiva» para no complicar las cosas, ya que el problema no se plantea exactamente en los mismos términos que en un país donde, como en el caso de la Unión Soviética, predomine la propiedad colectiva. La propiedad no está vinculada al individuo sino a la colectividad y, cuando aquél deja de participar en ésta, cuando la abandona, deja de ser también propietario, deja de ser participante.

¿Habrà que dar a esos indígenas un derecho de propiedad inspirado en el de los blancos? No lo creo. Es preciso empezar por darles el derecho de propiedad comunitaria, para que puedan organizarse como lo deseen, dentro de su propio mundo.

Así pues, el autóctono deberá convertirse en propietario no solamente del pequeño círculo en el que habita sino de todo el país del que, exclusivamente, vive. Hoy día se está produciendo en el Extremo Norte una inmigración de blancos del Sur que empieza a cobrar proporciones inquietantes. Y hay casos en que se concede a los blancos el derecho exclusivo de cazar y pescar, precisamente allí donde antes vivían de esas actividades los indígenas. Esto es inadmisibile.

(1) Le Peuple esquimau aujourd'hui et demain (IV^e Congrès international de la Fondation française d'Etudes nordiques), bajo la dirección de Jean Malaurie. Bibliothèque arctique et antarctique, Mouton 1973. — Développement économique de l'Arctique et avenir des sociétés esquimaudes. Débats du IV^e Congrès international de la Fondation française d'Etudes nordiques. Rouen 1972.



Saltar sobre las grietas que el hielo presenta en primavera es una diversión tradicional de los niños esquimales. Pero también puede pasar por un símbolo de la manera como esas poblaciones se adaptan a las condiciones de la vida moderna.

Foto © Fred Bruemmer, Toronto

LA CUPULA DEL IGLU (derecha) va surgiendo a medida que un esquimal dispone en círculo unos bloques de nieve sólida cortados a cuchillo. La abertura superior se cierra después con otro bloque-clave de bóveda que completa la estructura en forma de colmena. Desde el interior se recorta, a nivel del suelo, una puerta en el lado contrario a aquél en que suele soplar el viento, así como un agujero de ventilación, tal como aparece en un grabado del siglo XIX (abajo) que representa una aldea de la isla de Baffin. Hoy día los iglús se utilizan de preferencia como abrigos temporales durante las expediciones de caza, pero forman parte de un modo tradicional de vida comunitaria que muchos esquimales están abandonando por aldeas de nuevo tipo, como la de Holsteinsborg, en la costa occidental de Groenlandia (página siguiente).

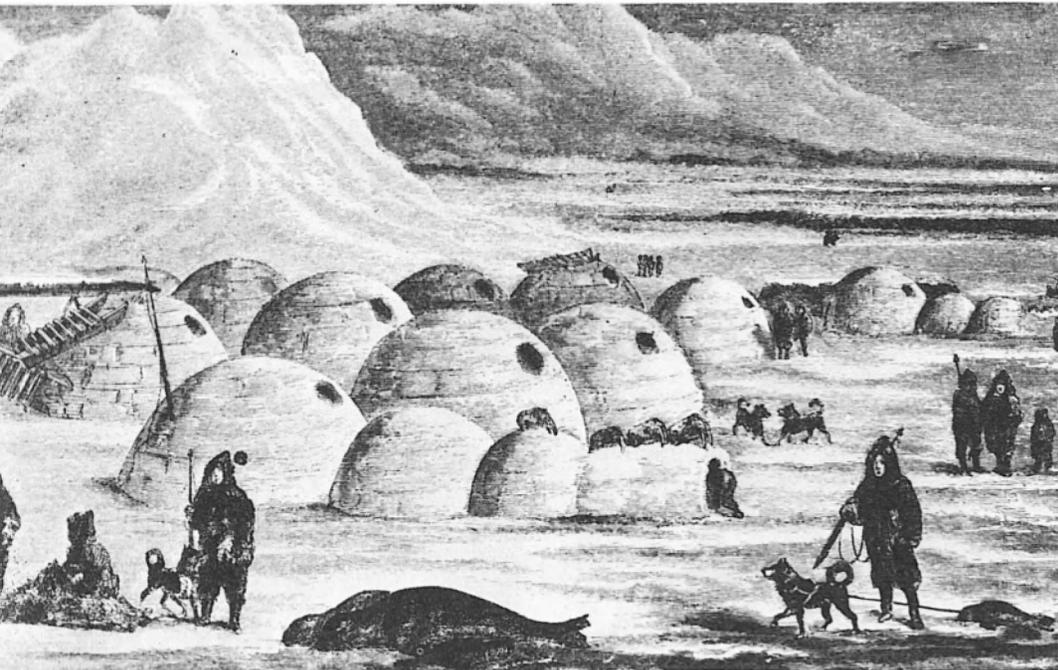


Foto Information Canada, Ottawa



Foto © Dominique Darbois, Paris

Jean FOURNIER

(Canadá)
Director del
Departamento
de Desarrollo
Territorial y
Social,
Ministerio de
Asuntos Indios
y del Norte de
Canadá, Ottawa.

En el Canadá hay unos 360 habitantes por cada 100 kilómetros cuadrados, lo cual es muy poco; en los Territorios del Noroeste, la densidad es tan sólo de 3 personas por cada 100 kilómetros cuadrados.

Cuando se plantea el problema de la administración de las riquezas naturales, surge la siguiente pregunta: ¿debe obtener ese pequeño número de ciudadanos, que administran un territorio tan inmenso y tan rico, los beneficios de la explotación

minera, petrolífera, etc., correspondiente a ese territorio? Las posibilidades existen, en efecto; aunque el aprovechamiento de esas riquezas sea hoy relativamente poco importante, estamos convencidos de que, en el porvenir, las posibilidades de expansión serán muy grandes.

El Ministerio de Asuntos Indios y del Norte de Canadá parte del principio de que uno de sus cometidos esenciales consiste en redistribuir la riqueza nacional y que puede, y debe, aprovechar las riquezas del subsuelo del Extremo Norte canadiense para elevar el nivel de vida de los habitantes de las regiones más pobres del país, las regiones marítimas y una parte de la provincia de Quebec.

El Gobierno Federal se basa en la equidad para mantener su control exclusivo sobre las riquezas naturales.

Henning BROENDSTED

(Dinamarca)
Juez del
Tribunal
de Instancia
de Groenlandia.

Uno de los problemas que se le plantean a Groenlandia es que, en el plano oficial, este país forma parte integrante de Dinamarca. En Groenlandia tenemos unas normas y unas leyes diferentes en lo que atañe a la propiedad de la tierra. De acuerdo con una vieja tradición jurídica, la tierra pertenece al Estado, a la comunidad. Por ello, ningún particular puede adquirir un terreno. Podrá conseguir la autorización de edificar una casa sobre una parcela

o de proceder a la venta de la casa, pero en ningún caso vender esa parcela.

Arthur B. YATES

(Canadá)
Director del
Departamento
de Planificación
del Ministerio
de Asuntos
Indios y del
Norte de Canadá,
Ottawa.

Es evidente que el derecho de propiedad se halla regulado por leyes diferentes en cada uno de los países donde habitan esquimales. El ejemplo de Groenlandia es un caso límite, ya que allí está en vigor una legislación que impide a las personas privadas entrar en posesión de las tierras que ocupan. Lo mismo ocurre en la Unión Soviética, mientras que en el Canadá y en los Estados Unidos tenemos a este respecto una legislación muy distinta.

William L. HENSLEY

(Esquimal de
Alaska, Estados
Unidos.) Miembro
de la Cámara de
Representantes
del Estado
de Alaska.

Ciertos grupos de esquimales disponen de tierras, en reservas administradas por el Gobierno Federal de los Estados Unidos. Si todas las tierras fueran reservas sometidas a la tutela del Gobierno Federal, los esquimales podrían beneficiarse de los minerales que ya se explotan en ellas o que se descubrieran ulteriormente. Por desgracia, la mayoría de los esquimales no poseen tierras que pertenezcan a la aldea, o en régimen de tutela como en el caso de las reservas. Hoy en día, una aldea esquimal no tiene posibilidad

alguna de emprender actividades en las minas o en los pozos de petróleo existentes en esos territorios.

La población autóctona no considera que la solución ideal consista en una indemnización —particularmente, en efectivo— que en muchos casos se considera el método más sencillo y más expeditivo de tratar con los grupos esquimales e indios. Se les da el dinero, y de este modo se espera que olviden sus verdaderos intereses. Pero los esquimales y los indios saben muy bien



Foto Erik Betting © Pressehuset, Copenhagen

que el Congreso no ha aprobado hasta la fecha ninguna ley que suprima explícitamente su derecho de propiedad.

En Alaska hemos creado unas organizaciones regionales que agrupan diversas colectividades como, por ejemplo, la Asociación de Autóctonos de la Región Minera de Alaska, la Asociación de Autóctonos del Noroeste, etc. De hecho, todo el Estado se halla hoy subdividido en esas organizaciones locales.

Gracias a la presión política que ejercen esos grupos, hemos podido obtener ya, por intermedio del titular del Ministerio del Interior, una disposición que nos satisface plenamente, y en virtud de la cual toda nueva adquisición de tierras, ya sea por el Estado, ya por una persona privada, queda en lo sucesivo «congelada».

En todo caso, los autóctonos que reclaman con insistencia una rápida solución de este problema no consideran que se trate de una exigencia exorbitante. No pretenden en modo alguno dividir el Estado ni tampoco desunir a la población. Teniendo en cuenta las condiciones de vida de las aldeas, no creemos ir en contra de los intereses del Gobierno Federal y del Estado al postular que los recursos de «nuestro país» se pongan a disposición de los autóctonos, de modo que éstos puedan hacerse cargo de su propio desarrollo económico de un modo plenamente autónomo.

Jean MALAURIE

(Francia)
Director del
Centro de
Estudios Articos,
École Pratique
des Hautes
Études, París.

Quisiera proponer que diéramos un verdadero salto en el espacio y que nos situáramos en el seno de las sociedades cazadoras esquimales, cuya actividad principal sigue siendo la caza.

Imaginemos, pues, esos pequeños grupos de 300 a 500 personas, aislados en el Extremo Norte, desprovistos de todo y preocupados por su porvenir. Su supervivencia se la deben sólo a su inteligencia, a su espíritu de organización y, desde hace tres generaciones,

a nuestra política de precios. Orgullosos de haber superado con éxito, a lo largo de los siglos, la aspereza del clima,

están convencidos de que esos países de nieve y de hielo, tan codiciados hoy, les pertenecen por derecho propio.

Pero ¿qué porvenir puede esperar una sociedad de cazadores en nuestro mundo moderno? Sabemos que, en gran medida, ello dependerá de las medidas prácticas que tomen las autoridades locales y el gobierno.

Claus BORNEMANN

(Dinamarca) Jefe
de la Secretaría
del Ministerio
para Groenlandia,
Copenhague.

Por lo que a la política groenlandesa se refiere, se tiene la impresión, a juzgar por ciertos documentos a nuestra disposición, que existe una política oficial encaminada a expulsar a los cazadores de sus territorios y a desplazarlos hacia las ciudades. Esto no es exacto. En las zonas pesqueras se advierte una emigración desde los pequeños campamentos hacia los centros urbanos. En cambio, en los sectores de caza el gobierno desea mantener unos campamentos aislados, allí

donde, por ejemplo, abundan las focas. El gobierno fomenta esta tendencia facilitando a las pequeñas localidades préstamos para la vivienda y organizando en ellas actividades de construcción. También se conceden préstamos a los cazadores para la adquisición de canoas de motor.

En las escuelas se forma a los niños para que lleguen a ser cazadores el día de mañana. Sin embargo, convengo en que, en los sectores de caza, las escuelas dispensan sobre todo una enseñanza teórica, y no práctica.

Desearía saber si se ha evaluado la posibilidad de mantener y apoyar la caza y si se ha determinado su costo.

En ciertos estudios que he leído se afirma que cuando una sociedad arcaica entra en contacto con la civilización industrial queda irremisiblemente condenada. ¿En qué se basa semejante afirmación? ¿Quiere ello decir que, como industria moderna, la caza está condenada?

Estoy de acuerdo con el señor Malaurie en que la escuela, en los sectores de caza, constituye el problema capital porque estimo que, cualquiera que sea el tipo de escuela, los efectos serán negativos. ¿Acaso no es preciso informar

► e instruir a los hombres sobre la realidad contemporánea? A mi juicio, la caza es un modo de vida muy duro y, aunque son muchos los esquimales que la aprecian, es probable que los jóvenes que vivan el régimen y las enseñanzas de la escuela deseen un día u otro abandonar esas regiones desprovistas de otro porvenir que no sea la caza.

**Arthur R.
YATES**

El señor Bornemann ha preguntado si se habían hecho estudios para determinar en qué medida esos sectores de caza pueden atender las necesidades de la población. Puedo afirmarles que, en el caso del Canadá septentrional, se han realizado tales estudios y que han demostrado la insuficiencia casi completa de los recursos con respecto a las necesidades de la población actual y, *a fortiori*, de la población venidera.

El segundo punto que ha planteado el señor Bornemann se refería a la posibilidad de crear escuelas para los cazadores; es éste otro problema que nos ha preocupado mucho en el Canadá. En efecto, la mayoría de los esquimales exigen que en los planes de estudio figuren ciertas técnicas de caza; pero organizar tal enseñanza es cuestión delicada, dada la dificultad de obtener profesores capaces de dispensar una enseñanza técnica de este tipo y lo limitado de los recursos disponibles.

**Jacques
ROUSSEAU**

Quiérase o no, la caza existirá siempre. Puede incluso admitirse que la caza disminuya, lo cual será inevitable con la difusión de las pieles sintéticas y de granja. La cría de animales de esta índole es una operación que actualmente se reservan los blancos para sí mismos, pero no veo por qué no van a poder dedicarse también a ella los ex cazadores del Norte.

El Norte produce pieles de lujo; si se desarrollara la cría de esos animales en el Extremo Norte, los

indígenas llevarían al mercado una peletería de lujo. En definitiva, hay que considerar la cría como una continuación de la caza, si bien ésta persistirá, aunque sólo sea para una minoría.

No existe solución mágica: ni en el caso de los amerindios ni en el de los blancos. Ningún territorio puede basar su subsistencia en la venta de un solo producto.

Hay muchos tipos de cría. Desearía poner un ejemplo de lo que se puede realizar hoy con el buey almizclado: este jersey que llevo, el primero que se ha confeccionado en la provincia de Quebec, es de lana de buey almizclado. Se trata de una lana muy ligera: dos o tres veces más que la de oveja. El jersey es de lana basta, pero también se puede fabricar con esta lana una cachemira tan fina como la que más.

La industria de la lana de buey almizclado se está implantando en Alaska y se establecerá sin duda muy pronto en la provincia de Quebec. Se trata de un producto muy rentable.

**Trevor
LLOYD**

(Canadá)
Director del
Center for
Northern Studies
and Research,
Universidad
McGill, Montreal,
Canadá.

Personalmente, dudo de que, desde el punto de vista económico, tenga una base seria el argumento que consiste en decir que una proporción importante de la población del Canadá, Alaska o Groenlandia podrá —no digo deberá— subsistir gracias a esas actividades de caza y pesca, ni aun en el caso de que se modernicen tales actividades. Entiendo algo de bueyes almizclados, y no creo que se pueda dudar de las calidades de esos jerseys confeccionados con su lana.

Pero no por ello es menos cierto que todavía está por ver cuál será el resultado de las propuestas relativas a la cría del buey almizclado en escala doméstica, primero en el norte del Canadá, más tarde en Alaska y por último en Nuevo Quebec.

Tengo verdaderamente la impresión de que se trata de ideas que presentan un carácter más sugestivo que económicamente viable y práctico. Hace unos años se hablaba de la cría de ciertas ovejas en el Norte, y se decía que podrían tener diversas aplicaciones, en las regiones más inesperadas. El autor de uno de esos estudios había trabajado durante mucho tiempo en Islandia y en el sur de Groenlandia. Todas estas ideas son muy brillantes, pero ninguna de ellas ha salido airoso de la prueba de la realidad. Incluso cuando esos planes daban ciertos resultados parciales, no podían desempeñar un papel concreto en la vida cotidiana de los groenlandeses, ni siquiera en lo que atañe a la obtención de alimentos.

Hay que hacer lo imposible por mantener el modo de vida tradicional de quienes desean seguir viviendo según él. Pero en Canadá observamos que muchos niños esquimales asisten ya a centros de enseñanza secundaria, y cabe esperar que más tarde irán a la universidad. Es absurdo creer que, una vez que terminen sus estudios, esos jóvenes van a recurrir a las ocupaciones tradicionales de sus padres como medio de ganarse la vida.

PARA SOBREVIVIR, SER INGENIOSO

Una esquimal ablanda con sus dientes un trozo de piel de foca con el que fabricará la suela de unas botas impermeables, tan ingeniosamente cosidas que la aguja nunca perfora completamente la piel. Las mujeres esquimales deben ser hábiles costureras: una ropa defectuosamente confeccionada puede exponer a la muerte por frío. A la derecha, un cazador de Thule, Groenlandia, atraviesa con su familia un pasaje en el que ha comenzado ya el deshielo, utilizando un témpano como balsa.



Foto Bryan Alexander © Camera Press, London



Foto Bryan Alexander © Camera Press, Londres

**William L.
HENSLEY**

En Alaska, los esquimales han tenido que adaptarse a diversos oficios para poder sobrevivir, ya que no es posible depender totalmente de las actividades de caza y pesca; se requieren, pues, ciertos complementos, y los esquimales han de dedicarse a otras actividades laborales.

Es preciso tener en cuenta la geografía de Alaska para poder comprender los problemas de sus esquimales, en comparación con los de Canadá o de Groenlandia.

Los alaskeños se hallan diseminados en doscientas aldeas en la parte occidental y oriental de nuestro Estado, a escasa distancia de núcleos urbanos muy poblados, lo cual no ocurre ciertamente en Canadá y en Groenlandia.

Aunque hay hombres que se dedican a diversos oficios, ya sea en su aldea, ya en centros urbanos más importantes y en las ciudades, no deben abandonar la caza, que es un tipo de actividad que les gusta. Incluso los que trabajan en nuevas industrias —como, por ejemplo, la petrolera— pueden, cuando regresan a su aldea tras pasar tres semanas en esos centros petroleros, dedicarse a la caza y a la pesca durante quince días.

Todavía queda mucha caza en Alaska, si bien se plantea hoy la cuestión de saber qué porcentaje de la población podría vivir únicamente de ella. Sé muy bien que en otros tiempos, cuando los blancos no se habían instalado todavía

en la región, la fauna era importante. La influencia de la civilización blanca hizo que la gente se congregara en torno a las escuelas y las iglesias, lo cual repercutió en las bases ecológicas de nuestro Estado. Hoy tenemos todavía trineos arrastrados por perros, pero por doquier empiezan a ser suplantados por los «mototrineos» («snowmobil» o «skidou» en inglés: vehículo de motor provisto de esquís o deslizadores y de un sistema de oruga).

Todo ello obliga a preguntarse si el esquimal, en un medio urbano y con un trabajo relativamente regular, puede dedicarse al mismo tiempo a la caza. Aunque hay un número bastante grande de puestos de trabajo que proporcionan ingresos aceptables, no por ello deja de ser cierto —como ha recordado el señor Malaurie— que el alimento esencial, la base dietética de los trabajadores esquimales procede de la caza. En Point Barrow seguimos cazando ballenas, y aunque esta actividad no está comercializada, ya que se limita esencialmente al consumo local, la piel de esos animales es para nosotros muy valiosa.

Está también, por supuesto, la cría de renos, a la que, en virtud de la legislación federal de los Estados Unidos, no pueden dedicarse los blancos, que no tienen derecho a poseer esos animales. Solamente hay rebaños de renos en el noroeste, en la parte peninsular de nuestro Estado. Tenemos unas 60.000 reses que cuidan los pastores esquimales.

Se trata de una posibilidad industrial muy grande para el porvenir pero, por desgracia, el Estado de Alaska desea ahora volver a hacerse cargo de esta actividad ganadera. Los esquimales tenemos la impresión de que desean

► retirarnos una industria que podríamos desarrollar perfectamente nosotros mismos. Los japoneses han mostrado un interés muy grande por comprar carne de reno y adquieren ya las cornamentas, que utilizan en su país en forma de polvo medicinal.

Contamos asimismo con el buey almizclado, aun cuando su cría está todavía en su primera fase de explotación. Se están transplantando animales de esta raza y, a mi juicio, las perspectivas son muy prometedoras.

Angmalortok OLSEN

(Esquimal de
Groenlandia,
Dinamarca)
Presidente de la
Sociedad de
Groenlandeses,
Copenhague.

Me ha complacido mucho oír que, como industria, la caza puede tener un carácter moderno. Pero es curioso que actualmente se la considere en Groenlandia —tanto por la administración danesa como por los propios groenlandeses— como una ocupación de pueblos atrasados. Estimo que la caza debe concebirse como una actividad creadora y moderna. Una actividad que cubre más de la mitad de las necesidades de autoconsumo y, según la evolución de los precios, proporciona

recursos económicos más o menos elevados. No consta que las pieles de zorro ártico hayan dejado de encontrar comprador en el mercado. Para lograr que sea competitiva en él, tendremos que mejorar la calidad de la especie. Preciso es reconocer que no se hace nada en este sentido.

Si consideramos Groenlandia en su totalidad, habrá que estudiar el modo de integrar esa microeconomía cinegética en el conjunto de las actividades groenlandesas. No hay que descuidar ningún recurso que permita reducir las onerosas y crecientes importaciones de bienes de consumo. La regla consiste en producir y en diversificar la producción. Hay que exportar las pieles, pero después vender la carne de los cetáceos en toda Groenlandia, enviándola de las regiones de caza a las del sur de Groenlandia que carecen de ella.

Otro aspecto de este problema es el de cómo incrementar el valor de los productos antes de la exportación, a fin de conseguir el mejor precio posible. Se exportan corriente-

mente artículos groenlandeses como pieles y cueros, pero no existe todavía en Groenlandia una industria del curtido. Podría ser éste un nuevo sector industrial que dependería totalmente de los productos de la caza local.

Quisiera referirme también al efecto cultural de la caza. Es posible que algunos de ustedes piensen que en esa actividad no se da relación alguna entre la economía y la cultura; personalmente, estimo que tal vinculación es muy estrecha.

Para que el pueblo groenlandés siga sintiéndose orgulloso de sí mismo y se mantenga fiel a su propia idiosincrasia, tendrá que aceptar su auténtica personalidad nacional, basada en la cultura secular de los esquimales y tan estrechamente ligada a las actividades cinegéticas. Por ello, con espíritu moderno y abierto hacia el futuro, deberíamos desplegar todos los esfuerzos posibles para mantener su continuidad, como actividad de trabajo real y como sostén de la personalidad nacional, al menos en una primera etapa.

Podemos hablar de economía y continuar indefinidamente este diálogo. Pero si no conseguimos que los esquimales de Groenlandia, Alaska y Canadá se sientan orgullosos de su propia personalidad nacional, de su propia cultura, y se afirmen como un pueblo por derecho propio, mucho me temo que todos los magníficos planes económicos elaborados se conviertan únicamente en operaciones de apoyo material a unos grupos desheredados a los que se considerará con indulgente menosprecio.

Nadie niega que exista una relación muy estrecha entre la economía y el modo en que la gente vive sus condiciones de trabajo, esto es, lo que se califica hoy de «motivaciones». Hay una vinculación muy íntima entre esas motivaciones y la economía.

Yo he nacido en Thule, Groenlandia, en un país de cazadores. Mi padre era uno de los mejores de la región. Tanto él como mi madre afirmaban que entre esos cazadores de Thule, que se mantenían muy vinculados a su cultura natural, era donde habían encontrado las mejores características humanas, así como los hombres más combativos, más constructivos y más independientes. Estoy por ello firmemente convencido de que existe una relación muy estrecha entre los hombres, la cultura en la que viven y sus condiciones económicas de vida.

CACERIA EN EL ARTICO

La caza de la morsa constituye una aventura llena de peligros que exige extraordinaria habilidad y un trabajo de equipo, ya que el macho adulto, cuyo peso excede a veces de una tonelada, reacciona violentamente cuando es herido. Los esquimales no desperdician un solo trozo del mamífero: la carne y la grasa se almacenan bajo las rocas para los largos meses de invierno; los colmillos de marfil se venden o se tallan artísticamente; la gruesa piel del animal sirve para forrar el umiak o barca abierta de los esquimales de Alaska, como puede verse en la foto de la derecha. El umiak, que solía servir para el desplazamiento de las mujeres y los niños en las diversas regiones de caza del Artico, es utilizado ahora sobre todo por los esquimales del estrecho de Bering y de la costa oriental de Groenlandia.

Foto Bernier © Atlas Photo, París



**Lars
CHEMNITZ**

(Esquimal de
Groenlandia,
Dinamarca)
Miembro del
Consejo
Ejecutivo del
Comité Provincial
Groenlandés.

He pasado dos años en Thule como profesor y director de una escuela, y muchas veces me he preguntado si no deberíamos enseñar los métodos de caza a los niños, en vez de las nociones elementales.

Pero, tras madura reflexión y después de abandonar Thule, cuando he empezado a ver Groenlandia en su totalidad, me he dado cuenta de que la política que se practica actualmente en Thule refleja los deseos de los esquimales que viven en esa región y que desean incor-

porarse a la sociedad groenlandesa.

El zorro, que era el elemento básico de la caza esquimal, ha disminuido notablemente en número, y al mismo tiempo ha aumentado la población en esas regiones. En Angmagssalik, por ejemplo, no se debe dispersar a los cazadores, pero puede resultar muy pronto necesario suprimir poco a poco la caza, ya que las reservas de zorros y de otros animales no serán suficientes. Lo mismo cabe decir de otras regiones de Groenlandia.

Preciso es, pues, reconocer que quienes no puedan dedicarse a la caza tendrán que orientarse hacia otros tipos de trabajo.

**Jean
MALAURIE**

Una vez más impugno las afirmaciones de los organismos responsables de Canadá y Groenlandia que aseguran que, en los actuales distritos de caza, las existencias de piezas son insuficientes para cubrir las necesidades de la población dedicada a la caza en un porvenir previsible (una o dos generaciones). Thule es uno de los sectores del mundo en los que más abunda el zorro.

Las posibilidades siguen siendo considerables. En efecto en Thule hay cien cazadores; el territorio tiene la misma superficie que 20 departamentos franceses y, por lo que a las focas se

refiere, puede extenderse sin dificultad alguna, es decir, multiplicarse por diez en el Noroeste, que está hoy inhabitado.

Si en Thule ha disminuido la producción de pieles de zorro, esto se debe al precio de compra vigente y no tiene nada que ver con las condiciones biogenéticas.

Afirmo tajantemente que ningún estudio biogenético y socioeconómico serio que se haya publicado permite afirmar eso. Lo contrario sería asombroso, habida cuenta de la inmensidad de los territorios que los diversos medios modernos ponen a disposición de una población de cazadores poco numerosa: 5.000 cazadores, dedicados exclusivamente a esta actividad, en el inmenso Artico norteamericano y groenlandés. Más aún: habría que considerar que esta actividad es perfectamente moderna y que se presta a una gran movilidad.

Mucho me temo que, después de que los esquimales, descorazonados, se vayan, los industriales («blancos») organicen la explotación de esos territorios de caza por su propia cuenta. Y me sorprendería que no encontraran la colaboración y el apoyo económico de que actualmente carecen los autóctonos.

El Artico es muy vasto y, de hecho, está prácticamente inexplorado en el aspecto biológico. Sería verdaderamente insólito que tan reducidos grupos de esquimales —80.000 personas en total—, de los que habría que restar además a todos los que no quieren o no puedan permanecer en el Norte, no fueran capaces de obtener, en el marco de unas actividades modernas, la independencia económica y la autoridad deseadas. El Artico americano y siberiano es, por habitante, una de las regiones más ricas del globo, gracias a su petróleo, a su gas y a sus minas. ¿No podría concebirse una audaz política territorial que permitiera a esos grupos de población convertirse en los banqueros de su propio desarrollo? ■

Foto Georg Gerster © Rapho, París



DE LOS HIELOS POLARES A LA GRAN CIUDAD



“El desarrollo del Norte es un proceso histórico irreversible”

por Alexander Stevenson

EL hogar tradicional de los esquimales canadienses abarca más de dos millones y medio de kilómetros de la región ártica del Canadá. Ese territorio lo ocupan desde muchos siglos antes de Cristo y en él llevan una vida precaria sobre una tierra hosca en la que sólo podía sobrevivir una raza fuerte e inteligente.

Actualmente viven en el Canadá unos 15.000 esquimales, principalmente en poblados costeros de 200 a 500 almas, desparramados por miles y miles de kilómetros del continente y de las islas del Ártico.

Los antropólogos se muestran en general de acuerdo en que los antepasados de los primeros indios y esquimales nórdicos vinieron de Asia

ALEXANDER STEVENSON, canadiense, es Director del Departamento de Desarrollo Social del Ministerio de Asuntos Indios y del Norte del Canadá. Desde 1969 preside la comisión consultiva para la preservación del patrimonio histórico del Extremo Norte, y desde el año pasado dirige la comisión de encuesta sobre la lengua de los Esquimales organizada por la Asociación Nacional Esquimal. El autor ha dedicado un estudio más extenso a los esquimales canadienses de hoy en el volumen *The Eskimo People Today and Tomorrow (El pueblo esquimal hoy y mañana)*, editado por Mouton and Co. en inglés y en francés.

Texto © copyright

por el estrecho de Bering o cruzando un istmo que quizás la enlazaba con América en tiempos remotos. Llegaron como cazadores primitivos en busca de una presa, sin darse cuenta de que habían entrado en otro continente.

En el transcurso de los siglos, hubo toda una serie de migraciones; la primera de ellas fue probablemente la de los indios, que casi nunca se asentaron al norte del límite de los bosques. Una vez que el «puente de tierra» quedó cubierto por las aguas hace 11.000 años, los nuevos inmigrantes podían cruzar el mar en los puntos más cercanos entre los dos continentes. La distancia más corta es de unos 90 kilómetros de canal abierto o helado, desde Alaska hasta la orilla asiática del estrecho de Bering.

Es posible que las tierras subárticas hayan estado habitadas desde hace 40.000 años, pero la desolada tundra ártica, cuya temperatura media en el momento más caluroso del año es inferior a 10°C, parece haber tenido un pasado humano más breve. En el llamado «complejo de Denbigh Flint» se han encontrado últimamente rastros y objetos que indican que los orígenes de esa cultura se remontan al año 3500 antes de Cristo; hoy suele consi-

derársela como la fuente básica de la que nació la cultura esquimal.

Si los antepasados de los esquimales que viven en el Canadá actual llegaron a América del Norte hace más de 5.000 años, para el año 1000 se habían diseminado ya a lo largo de unos 8.000 kilómetros de costas sinuosas, desde Siberia hasta Groenlandia. Por esa misma época, según las primeras sagas nórdicas, los vikingos zarparon de Groenlandia hacia las islas de Baffin a través del estrecho de Davis. Allí se encontraron con los *skraelings*, palabra nórdica que parece referirse a la vez a los indios y a los esquimales. Después de retirarse los escandinavos, pasaron varios siglos antes de que otros exploradores y aventureros volvieran a visitar las ásperas y silenciosas costas del Canadá ártico.

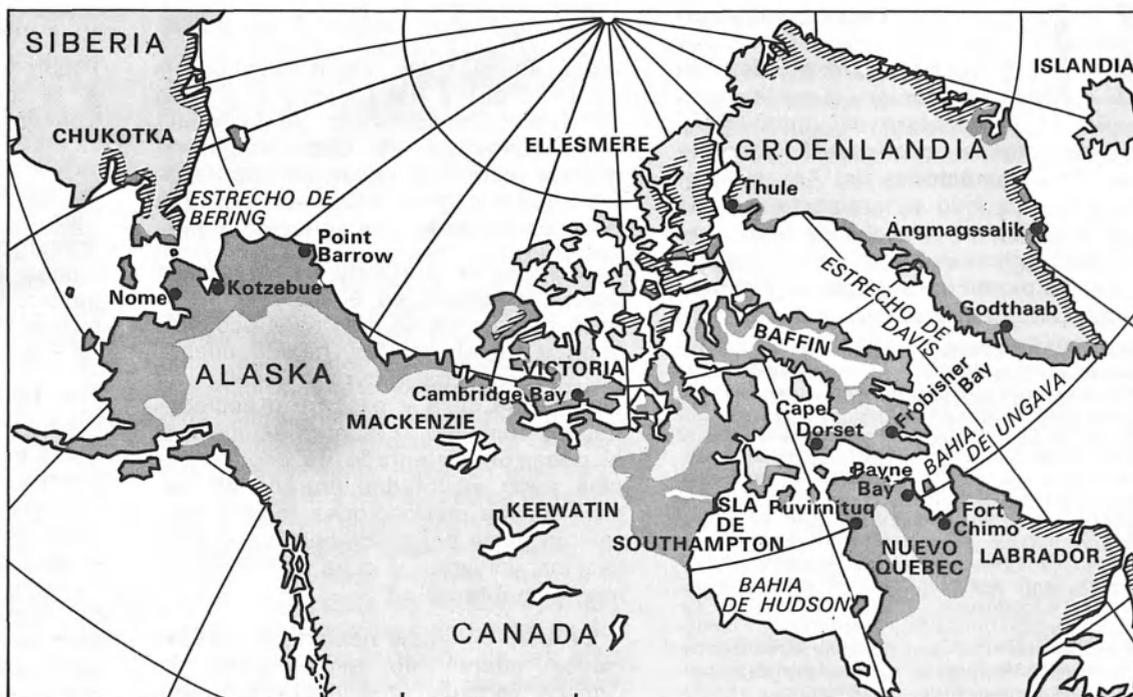
Generalizar es difícil, cuando se trata de esquimales, ya que hay grandes diferencias regionales entre los distintos grupos. En general, la gran mayoría de ellos habitaban antes en el litoral y casi todos sus alimentos, su combustible y su vestido procedían del mar: focas, morsas y ballenas. También aprovechaban ciertos animales de tierra adentro, como el caribú y el buey almizclado.

Durante generaciones, los esquimales no vieron nunca a exploradores ni balleneros; algunos de ellos se relacionaron sólo de un modo esporádico con los comerciantes. Creían firmemente que su vida y la de los animales que cazaban constituían el único universo del hombre, como lo indica el nombre que se daban a sí mismos: Inuit, o sea, el Pueblo (el verdadero pueblo o el único pueblo). La palabra «esquimal», que quiere decir «comedor de carne cruda», parece tener su origen en la lengua

SIGUE EN LA PAG. 30

EL DOMINIO ESQUIMAL

Los esquimales habitan una de las regiones más vastas del mundo, que va desde la Siberia oriental hasta Groenlandia, y cuyas costas se extienden a lo largo de miles de kilómetros. La población esquimal comprende unas 80.000 personas distribuidas en cuatro territorios: 38.000 aproximadamente en Groenlandia (Dinamarca); unas 24.000 en Alaska (Estados Unidos); cerca de 15.000 en Canadá; y, finalmente, menos de 3.000 en Siberia (URSS). A la izquierda, una pareja de esquimales de Alaska.



■ Territorios actualmente habitados (aldeas y zonas de caza)
 ▨ Territorios habitados antiguamente y hoy abandonados por las poblaciones esquimales



Foto Charles Lenars © Atlas Photo, París

UNA CULTURA QUE NO DEBE MORIR

Un nuevo desafío para los esquimales:
cómo preservar su modo de vida tradicional

H OY día se prevé en América la degradación, si no la desaparición, en un plazo de veinte años, de los últimos grupos autónomos de cazadores autóctonos del Artico, siendo por otro lado enteramente ilusoria una asimilación total de los «nativos» de las regiones árticas y subárticas. Las exploraciones mineras y petro-

Texto © copyright

JEAN MALAURIE, geógrafo y explorador francés, es profesor de antropología y de geomorfología del Artico en la Universidad y en la Ecole Pratique de Hautes Etudes de París, director del Centro de Estudios Árticos y secretario general de la Fundación Francesa de Estudios Nórdicos. Ha escrito más de 150 estudios científicos y un best-seller, *Los últimos reyes de Thule*, obra traducida a quince idiomas y que el propio Malaurie adaptó para el cine en 1970. Acaba de publicar *Les civilisations esquimaudes* y próximamente aparecerá su libro *Anthropogéographie esquimaude* (Ediciones Plon). La Oficina de Radiodifusión y Televisión de Francia ha encomendado a Jean Malaurie la realización de una película sobre el tema: el pueblo esquimal frente a su destino. La filmación comenzó en 1974, con la colaboración de los países interesados y de las organizaciones autóctonas, en Alaska y Canadá, y continúa actualmente en Siberia y Groenlandia.

leras en el norte de Alaska (bahía de Prudhoe) y del Canadá y el plan de desarrollo acelerado de la industria bacaladera en Groenlandia no pueden sino precipitar una degradación que se inició hace mucho y que es la causa de la viva agitación actual.

¿Lo que se pretende es integrar a esas sociedades en el sistema de la producción y de los mercados occidentales y transformarlas, habida cuenta de sus escasos recursos locales en materia de caza y pesca, en sociedades de consumo, o bien se estima que el desarrollo integrado de esos espacios poco explotados entraña el respeto de las civilizaciones locales que forman parte del patrimonio de la civilización universal y cuya desaparición nos empobrecería?

De esta compleja noción de «desarrollo» intentó no hace mucho la Unesco formular una definición puntualizando que se trata de «todo proceso enderezado a crear las condiciones del progreso económico y

social en una sociedad dada gracias a su participación activa y, de ser posible, a su iniciativa propia» (1).

Los primeros contactos con los esquimales autóctonos, en el siglo XVIII, fueron en ocasiones violentos. Sin embargo, los esquimales no tardaron mucho en ofrecer sólo una resistencia pasiva, tratando de integrar en su cultura lo que el «blanco» podía aportarle de útil en la vida práctica.

A decir verdad, este pacifismo utilitario y enmascarado pone de manifiesto en el pueblo esquimal, tan pobre, grandes virtudes pragmáticas y una paciencia histórica que iba acompañada de una confianza profunda en el propio destino. A menudo el economista ha comprendido mal su máscara. En ella veía deseo de ayuda o de asimilación, cuando lo que en realidad expresaba, por lo menos hasta hace poco, era la voluntad de colaborar

(1) Unesco, *El progreso social mediante el desarrollo*.

LOS OJOS Y LOS DIENTES, PRECIO DE LA VIDA MODERNA.

Los ojos de los esquimales, muy rasgados, se adaptan perfectamente al clima del Artico. Para protegerse de la ceguera que puede causar la reverberación de la nieve, los esquimales llevan anteojos de madera, hueso, marfil u otros materiales, los cuales dejan pasar la luz por una estrecha ranura. Pero los cambios que el contacto con la civilización moderna ha producido en el régimen alimenticio de esas poblaciones boreales han tenido efectos perjudiciales. Cuando vivían en condiciones naturales a base de un régimen alimenticio rico en proteínas, los esquimales gozaban de excelente vista, lo que les permitía

dedicarse frecuentemente durante largos periodos a trabajos de precisión con iluminación muy escasa. La doctora Elizabeth Cass, del Departamento Nacional de Salud y Bienestar, de Ottawa, que ha realizado investigaciones entre los esquimales canadienses, descubrió que, cuando los niños esquimales se trasladaban a aldeas o aglomeraciones donde la alimentación era rica en féculas y pobre en proteínas, este tipo de régimen causa miopía aun antes de los 15 años y también estragos en la dentadura de los esquimales jóvenes, hasta el punto de provocar la pérdida total de los dientes en la adolescencia y graves trastornos digestivos.



Foto © Jean Malaurie, París

siempre que se respetara la dignidad de lo que le es propio.

Dada esta incompreensión entre los representantes de la sociedad dominante y tutelar y la población autóctona, no es de extrañar que el observador haya de hacer frente a situaciones verdaderamente absurdas.

En el Keewatin canadiense o en la isla de Southampton (bahía de Hudson), existía el proyecto de invitar a los habitantes a... cultivar lechugas o a comer pescado en conserva, a desarrollar en aquellas regiones de tundras sin árboles... una industria maderera, o a dedicarse a la artesanía del fieltro para sombreros (bahía de Cambridge).

Con desprecio de los más elementales principios económicos que, cuando se trata de cazadores, recomiendan la dispersión y el movimiento, la Administración incita a los habitantes de las zonas de caza —canadienses o groenlandeses— a que se reagrupen en las ciudades a fin de poder facilitarles los servicios propios de la sociedad moderna, como la escolarización.

En las escuelas del norte de Groenlandia los hijos de los tramperos no reciben ningún tipo de enseñanza moderna sobre la caza. Ello nos obliga a preguntarnos para qué porvenir les prepara la escuela, habida cuenta de que los recursos del país no les ofrecen por el momento otro tipo de actividades que las que han aprendido de unos saberes seculares de carácter tradicional. La escuela así compren-

didada, modernista y progresista a nuestro juicio de blancos asimiladores, está destinada, como alguien ha dicho, a aniquilar el desarrollo.

No es pues de extrañar que los autóctonos, que durante tanto tiempo se han mostrado pasivos, comiencen a denunciar a media voz la incoherencia de los blancos: «Devolvednos a nuestras tierras... De tardar mucho, habremos perdido hasta el gusto por vivir», afirmaban en 1962 los esquimales del Keewatin canadiense (lago Garry) a los investigadores enviados por el gobierno federal para que realizaran una encuesta.

Seguramente, el misionero responderá con altivez que conviene primero que el esquimal asista a los oficios religiosos y se convierta. El maestro de enseñanza primaria dirá que hay que ofrecer igualdad de oportunidades a todos, sean blancos del sur o indígenas del Artico, y recordará a los niños esquimales que deben aprender a hablar inglés o danés (cada blanco está secretamente convencido de que el bilingüismo provocará la ruptura del sistema de la tradición —la familia con sus complejas redes de alianzas y sus múltiples reglas— en que viven encerrados esos hombres). Según los expertos blancos, lo que el esquimal necesita es recibir una educación moderna, ser formado en los métodos de organización de los blancos y en el sentido de las responsabilidades...

Si esta manera de ver no se corrige rápidamente, sectores enteros del

Artico, habitados desde hace miles de años, quedarán pronto desiertos. Sus moradores habrán huido a unas cuantas grandes ciudades sin perspectivas económicas en las que la población autóctona se reagrupa para vivir una vida inerte y plena de resentimiento. Es el caso de Nome, Fairbanks, Anorage y Kotzebue (Alaska), de Fort-Chimo, Rankib Inlet y Frobisher en Canadá, de Angmagssalik, Godthaab y Thule-Kranak en Groenlandia. El futuro inmediato nos traerá la agitación de unas minorías sin trabajo, cada vez más difíciles de asimilar.

Las mesetas desiertas del Keewatin o de Nuevo Quebec, consideradas demasiado pobres para los cazadores autóctonos, se convertirán en reservas para turistas, en lugares de recreo para los millonarios del sur del Canadá y de los Estados Unidos. Actualmente, so capa de turismo, los blancos, ávidos de safaris y de pesca exótica, comienzan a desplazar en esos sectores al indígena, reducido al papel de guía. Y quién sabe si el deseo de crear un ambiente folklórico no impondrá pronto la construcción de aldeas artificiales...

Por importantes que hayan sido los recursos obtenidos de la caza, las autoridades tutelares no creen ya, o muy poco, en su utilidad económica. Al contrario que Groenlandia, que ha practicado y sigue practicando en las colectividades de caza del noroeste y de la costa oriental una política de precios mínimos, Canadá y Alaska no han subvencionado hasta ahora esta rama esencial de la actividad de sus



Foto Georg Gerster © Rapho, Paris

Una de las innovaciones modernas son los mototrineos. Este tipo de «motocicletas» para la nieve, provistas de un sistema de oruga, son de uso muy general en varias zonas del Artico, pero no faltan esquimales que las critican porque amenazan con destruir el espíritu de equipo propio de las cacerías tradicionales.

► poblaciones septentrionales. En tal actitud se manifiesta una desconfianza frente a esas poblaciones: «¿Qué porvenir puede esperarles como esquimales y cazadores? Civilicémoslos primero; después, ya veremos.»

No cabe la menor duda de que el rendimiento de la industria de la caza ha sido en aquellas regiones excelente. En otros tiempos hizo la fortuna de poderosas compañías como la Hudson Bay Co. Combinada con otras actividades (la cría del reno y la pesca) y convertida incluso en industria racional y moderna, la caza proporciona excelentes ingresos a los cazadores soviéticos de Chukotka y de los distritos autónomos de la Siberia septentrional.

Para ser remuneradora, la economía de caza exige ciertas condiciones; la evolución histórica del distrito de Thule, en Groenlandia, es sumamente instructiva a este respecto.

Primera condición necesaria: la riqueza biológica de la región. En segundo lugar, la cohesión de la sociedad que ha de aprovecharla, garantía de una buena explotación técnica. Por último, en nuestros días, una organización industrial. Si los dos últimos factores no se dan y no se protege a la sociedad autóctona contra sí misma, la más rica de las zonas de caza sólo permitirá vivir a una colectividad pobre.

Antes de que lo tomara a su cargo el Estado danés, el distrito de Thule proporcionaba a su director de entonces (Knud Rasmussen) y a su personal unos ingresos anuales relativamente importantes.

En Thule, la notable cohesión de la población se ha conservado y reforzado gracias a Knud Rasmussen, quien ya en 1923, merced a una labor legislativa original fundada en las viejas costumbres, supo elevar a esa

población al rango de *sociedad política*. Para administrar el territorio se creó un «Consejo de cazadores» cuyos poderes eran modestos pero en el que se perfilaba ya el gobierno esquimal de mañana. La población, orgullosa de sus privilegios, tenía la sensación de trabajar para sí misma. Además, un relativo aislamiento protegía a la región de toda intrusión patógena, evitándose todo alimento inadecuado.

Tras la muerte de Rasmussen, y sobre todo a partir de 1936, la inserción administrativa del distrito de Thule en el marco más amplio de Groenlandia ha hecho que este grupo ejemplar pierda sus privilegios y sus virtudes.

Desde 1950 hemos podido asistir a los procesos clásicos de degradación, con su cortejo de males conocidos: desagregación de la familia en cuanto unidad de vida y de producción (una de cada cuatro mujeres no se casa, teniendo hijos de diferentes hombres), creciente indiferencia por los intereses del grupo, decadencia de la autoridad natural, abandono por los jóvenes del kayak cuyo uso no han aprendido en la escuela y al que tienen miedo, disminución de la eficacia de los cazadores en el tiro, sedentarización creciente y reducción gradual del número de expediciones de caza, dependencia cada vez mayor respecto de los gadgets de la «tienda» y menor inversión en la «producción», códigos tradicionales que caen en desuso, inicio de la emigración, traición de las minorías selectas deseosas de asimilarse rápidamente a los blancos y poco representativas de las confusas aspiraciones de la colectividad, alcoholismo, pérdida de los dientes (tras los cuarenta años, son raros quienes no necesitan prótesis), trastornos de la vista, menor resistencia al frío como

resultado de una alimentación inadecuada (productos farináceos, conservas, azúcar, etc.)...

Esta crisis moral y esta decadencia fisiológica se traducen en una disminución de la productividad; de acreedor que era, el distrito de Thule está pasando a ser fuertemente deudor. La situación resulta particularmente inquietante si se piensa que el centro del territorio está ocupado por una poderosa base militar. Ello tiene consecuencias inesperadas en lo que atañe a la caza. Los detritos y basuras de la base, a la que los esquimales no tienen acceso, atraen a gran número de zorros, codiciados por los cazadores. Por otro lado, la base recuerda a los indígenas el bajo nivel de su situación material: un cazador esquimal experimentado gana cuatro veces menos que un danés o norteamericano que trabaje en aquella.

La base se convierte así en un símbolo para el esquimal, que se pregunta por el sentido de la segregación histórica a la que asiste. Turbado e inquieto, se despreocupa de los nuevos y más extensos poderes que la legislación danesa acaba de concederle. «Demasiado tarde», me confesaban en 1969 personalidades esquimales de la región. «Los jóvenes, cada vez más opuestos a los viejos, apenas creen en sí mismos. Ya no saben quiénes son realmente y muchos de ellos abandonarán en el futuro el país.»

«Serán los más hábiles, los que mejores resultados hayan obtenido en la escuela, quienes se marchen. Con ello nuestra economía de caza, solidaria de la actividad de todos, se verá desequilibrada y más empobrecida aun. La escuela crea unas élites entre los jóvenes cazadores. Como técnicos, los jóvenes más dotados sólo encontrarán empleo en el sur, fuera de nuestro país, que se les vuelve en parte extranjero. Y los demás, los menos inteligentes, se quedarán aquí. Lo malo es que no han aprendido el uso del kayak en la escuela-internado. Como no se han formado en la práctica cotidiana de la caza con sus padres, serán inevitablemente peores cazadores. No podrán vivir de la caza.»

«Las chicas sin instrucción cosen cada vez peor las pieles. A decir verdad, sólo los perros nos incitan a cazar regularmente para alimentarlos. Naturalmente, la caza es nuestro placer de hombres y nuestra verdadera vida. ¿Es que no saben en el sur que no vivimos para «producir» sino para ser nosotros mismos, todos juntos y de acuerdo con nuestras costumbres?»

«No somos ni siquiera propietarios de la tierra en que vivimos desde hace siglos. ¿Qué será cuando se descubra petróleo en nuestro suelo? ¿A quién pertenecerá?»

La crítica es sin duda fácil, pero las deplorables constataciones que acabamos de hacer nos deben impulsar a interrogarnos no sobre unas recetas

que quizá no pasen de simples cauterios sino sobre los principios rectores. En realidad, este cazador de Thule expresa lo que Rousseau afirmaba hace ya dos siglos: «El menor cambio en los hábitos, aun cuando sea en ciertos aspectos ventajoso, termina siempre siendo perjudicial para las costumbres.»

Y añade Rousseau, con una perspicacia análoga a la de estos hombres del norte: «Pues las costumbres son la moral del pueblo; y en cuanto deja de respetarlas, sólo tiene como regla sus pasiones y como freno las leyes.»

La acción que actualmente se lleva a cabo ofrece un excelente modelo de la «asistencia» tal como se practica en muchas regiones del planeta y, sobre todo, en el Tercer Mundo, desde que terminó la guerra mundial; todo prueba hoy día los caracteres erróneos de la empresa.

Se trata aquí de formular las cuestiones que a este respecto surgen en

aspiran a durar y cualesquiera que sean.»

Los pactos internacionales relativos a los derechos humanos (derechos económicos, sociales y culturales) declaran taxativamente que «todo pueblo determina libremente su estatus político y lleva a cabo libremente su desarrollo económico, social y cultural».

Consecuencia importante para un pueblo nómada como el esquimal: el artículo 11 de la Convención relativa a la protección y a la integración de las poblaciones aborígenes y otras poblaciones tribales y semitribales en los países independientes, aprobada por la Organización Internacional del Trabajo en 1957, prescribe con toda claridad: «Se reconocerá el derecho de propiedad, colectivo e individual, a los miembros de las poblaciones interesadas en las tierras que ocupan tradicionalmente».

una autonomía al país —el Landsraad o consejo groenlandés— dentro del reino de Dinamarca, se orienta hacia la concesión de un poder autónomo creciente.

En definitiva, habría que saber exactamente qué es lo que se desea: ¿crear una economía de producción contra viento y marea, pese a todas las resistencias sociales e históricas, tomando como única ley la de los precios del mercado o, por el contrario, garantizar el porvenir de esas sociedades minoritarias en el marco de una política de desarrollo general?

De elegirse esta segunda alternativa, la defensa de las minorías entrañaría la adopción de una serie de disposiciones de carácter jurídico, educativo y económico, semejantes a las que se aplican en otras regiones en casos análogos.

Mientras no se defina, como en la Unión Soviética o en Suecia —por citar sólo estos dos países—, una política integrada de valorización y aprovechamiento de la tundra, por y para los autóctonos, y en la que los precios de producción de la caza y de la pesca estén garantizados a un nivel muy alto por los derechos de las industrias petrolera y minera implantadas en su territorio, prevalecerá la tentación de dejarse arrastrar por el desaliento y el pesimismo y de alentar la emigración de los miembros peor dotados de esas sociedades boreales hacia el sur o hacia las explotaciones mineras del norte.

Quien dice sociedad viva, dice sociedad productora. Para que los esquimales puedan recobrar, a través de unas actividades productivas naturales que les son familiares, su dignidad y su plena autoridad comunal, deben volverse hacia el mar Artico (pesca, cría de animales marinos, etc.) y hacia la tundra (cría del reno y del buey almizclero, caza tradicional y moderna).

Para ello es preciso que, gracias a esa política de producción de caza y pesca, biológicamente planificada y económicamente asegurada a un nivel de remuneración muy elevado por los ingresos de la industria petrolera local, la vida del cazador y del pescador esquimales —que es en sí misma una «civilización»— no constituya una reliquia del pasado sino un privilegio y un modelo.

El municipio, dotado de poderes económicos importantes, podría ser el centro de la vida esquimal moderna, una especie de «hogar nacional». A partir de él, los esquimales que desearan participar en la vida de las regiones meridionales (minas, trabajos públicos, servicios), podrán «reencontrarse» en tanto que esquimales. Y no se trata de una utopía. Por ejemplo, los *trustees* (sindicatos) y las Corporaciones de Alaska están estudiando una planificación revolucionaria de las aldeas. Porque el pueblo esquimal es decididamente imprevisible.

Jean Malaurie

16 millones de hectáreas para los autóctonos de Alaska

El 18 de diciembre de 1971, los autóctonos de Alaska saludaron como el comienzo de una nueva era la Alaska Native Claims Settlement Act que acababa de firmar el Presidente de los Estados Unidos. Dicho acuerdo sobre las reivindicaciones de los nativos de Alaska confería a las 12 Corporaciones autóctonas del Estado, recientemente creadas, un poderío económico y político considerable.

En efecto, la ley les adjudicaba la propiedad del suelo y del subsuelo de unos 16 millones de hectáreas escogidas por las propias Corporaciones, y una donación de 962 millones y medio de dólares, garantizada por el erario público, en compensación por el abandono que hicieran de cualquier reclamación de otros territorios de Alaska basada en consideraciones de orden histórico.

El 18 de diciembre de 1974, las Corporaciones habían terminado ya la elección de sus tierras.

Las disposiciones legales fomentan el bilingüismo en todas las regiones donde se habla todavía la lengua vernácula.

Los esquimales y los indios de Alaska, que constituyen un tercio de la población de ese Estado, se han adaptado de manera extraordinaria a los difíciles problemas jurídicos y económicos que plantea su nueva situación.

La Alaska Native Claims Settlement Act puede servir de modelo —o de lección, si algunas de sus disposiciones resultan perjudiciales— cuando se trate de adoptar medidas similares tanto en el Canadá como en Groenlandia.

una perspectiva que afecta al problema mucho más general de las relaciones de coexistencia entre culturas indígenas y sociedades industriales. Hace unos años, se intentaba dar una respuesta a este interrogante en un editorial de la revista *Inter-Nord* (marzo de 1968):

«La conquista pura y simple, la colonización indistinta, la integración forzada y, en última instancia, el aniquilamiento antropológico del más débil han sido hasta el presente los métodos tradicionales de regulación de esas relaciones. Se trata de que ahora nos preguntemos si los esquemas modernos de relación elaborados en las zonas árticas de América del Norte estos últimos años difieren radicalmente de las actitudes anteriores y si pueden ser realmente diferentes mientras no se admita clara y taxativamente la igual importancia y significación de todas las culturas, mientras no se añada a la Declaración Universal de Derechos Humanos una declaración universal de derechos de las sociedades tal como son, tal como

En un congreso internacional celebrado en El Havre y Ruán (Francia) en 1969 se propusieron una serie de soluciones. Señalemos, por ejemplo, las tesis sostenidas por el actual jefe del gobierno canadiense, señor Trudeau. Según él, habida cuenta del carácter «pluriétnico» de su país, es preciso «conceder a las distintas regiones del conjunto que forma el Estado canadiense un amplio grado de autonomía, de tal modo que, gracias a la experiencia del autogobierno, los nacionales puedan darse las leyes y las instituciones indispensables para el florecimiento y el progreso de sus valores nacionales».

Puede discutirse interminablemente sobre el sentido de la palabra nacional; en todo caso, no se puede negar a los esquimales o a los indios el carácter de *etnias con vocación nacional*. Recordemos, de paso, que en el siglo XVIII existió una confederación de las «Cinco Naciones Iroquesas».

En Groenlandia, la evolución administrativa que viene produciéndose desde 1951 y que ha proporcionado



Foto J.-Ph. Charbonnier © Réalités, Paris



Foto B. Ushmaikin © APN, Moscu



Foto © Dominique Darbois, Paris

Los esquimales han dependido siempre de los animales para sobrevivir, y más de un esquimal perdido en la tormenta le debe su vida a la resistencia y al sentido de orientación de perros como el que aparece a la izquierda atisbando bajo una máscara de nieve. Un hábil conductor de un trineo tirado por ocho perros puede recorrer 150 kilómetros en 24 horas. «Dadme el invierno, dadme perros y quedaos con el resto» ha escrito el etnólogo groenlandés Knud Rasmussen (1879-1933). Pero, a pesar del afecto que los esquimales sienten por los perros, jamás los dejan entrar en las viviendas ni los convierten en animales domésticos. Los perros entrenados para la caza son de gran utilidad para descubrir a distancia los agujeros de respiración de las focas y las guaridas de los osos polares.

Los oseznos (fotografía superior) no atacan a los niños, pero la caza del oso polar a través del hielo y de la nieve (extremo derecho) está llena de peligros. Los cazadores emplean a los perros para acosar a la presa hasta tenerla a tiro. Hábiles artistas y artesanos, los esquimales reproducen frecuentemente figuras de animales en sus tallas en marfil y en piedra.

A la derecha, «Oso polar», escultura del artista esquimal Manno, cuya base representa el reflejo del animal en el hielo. En algunas partes del Ártico, además de la caza, se practica la cría de animales. Los cuernos de un hato de renos de la península de Yamal, en el Extremo Norte soviético, forman ese bosque que en la fotografía de arriba a la derecha aparece bajo un insólito efecto de luz.

Foto © Colección W. Eccles, Toronto, Canadá

“Dadme el invierno, dadme perros y quedaos con el resto”



Foto © USIS, Paris



“Yo nací hace mil años”

Queridos amigos:

YO nací hace mil años, en una cultura de arco y flechas, pero, en el espacio de media vida humana, he recorrido las edades hasta llegar a la cultura de la bomba atómica.

Nací en un mundo que amaba las cosas de la naturaleza y les daba nombres hermosos como «Tesoulouit», en vez de nombres secos y sin gracia como «Stanley Park». Nací cuando la gente amaba la naturaleza y hablaba con ella como si tuviera un alma. Recuerdo cuando en mi infancia remontaba el Indian River con mi padre. Recuerdo cómo contemplaba el sol sobre el monte Pénéné. Le recuerdo expresando su agradecimiento con un canto, como tantas veces lo ví, y pronunciando muy dulcemente la palabra india «gracias».

Pero llegaron nuevas gentes, cada vez más numerosas, como una oleada arrolladora y destructiva que aceleraba el curso de los años, y de pronto me encontré en el siglo XX. Me encontré a mí mismo y a mi pueblo flotando a la deriva en esta nueva época. No formábamos parte de ella, nos anegábamos en su marejada irresistible, como cautivos que giran y giran en sus pequeñas reservas, en sus parcelas de tierra.

Parecía como si flotáramos en una gris irrealidad: avergonzados de nuestra cultura que vosotros ridiculizábais, inseguros de nuestra personalidad y de nuestro rumbo, dudando de poder aprehender el presente y con una muy débil esperanza de futuro.

Yo había imaginado algo mejor que esto durante unos pocos años. Vi a mi pueblo viviendo la vieja vida tradicional, aunque todavía tenía dignidad y creía en su manera de concebir las cosas. Les he conocido cuando confiaban tácitamente en su hogar y tenían una cierta noción de cuál había de ser el sentido de su peregrinar por la tierra. Pero, por desgracia, vivían con la mortecina energía de una cultura moribunda, de una cultura que perdía poco a poco su impulso vital.

No hemos tenido tiempo de adaptarnos al brutal crecimiento que nos rodeaba, y es como si hubiéramos perdido lo que teníamos sin sustituirlo con otra cosa. No hemos tenido tiempo de abordar el progreso del siglo XX poco a poco, ni de digerirlo.

¿Sabéis lo que supone no tener un país? ¿Sabéis lo que es vivir en un mundo feo? Eso es algo que deprime al hombre, porque el hombre tiene que estar rodeado de belleza y en ella debe crecer su alma.

¿Imagináis acaso lo que es sentir que no se tiene valor alguno para la sociedad y para quienes nos rodean y saber que hay gente que ha venido para ayudarnos, pero no para trabajar con vosotros? Porque vosotros os dabais perfecta cuenta de que no podíamos ofrecer nada. ¿Sabéis lo que es sentir que la propia raza se halla disminuida y llegar a pensar que constituye una carga para el país? Quizá no éramos lo suficientemente avisados como para aportar una contribución que tuviera sentido, pero nadie tenía la paciencia de esperar a que nosotros pudiéramos aprender. Hemos sido relegados porque éramos torpes y no sabíamos aprender.

¿Sabéis lo que es no sentir orgullo alguno por la propia raza, por la familia, no tener amor propio ni confianza en sí mismo? No podéis saberlo porque nunca habéis conocido esa amargura. Pero yo voy a explicároslo: la cosa consiste en que uno no se preocupa por el día de mañana porque mañana no cuenta para nada. Se vive en una reserva, es decir en una especie de basurero público, porque se ha perdido todo sentimiento de lo bello.

Y ahora nos tendéis la mano y nos pedís que vayamos hacia vosotros. «¡Ven e intégrate!»: esto es lo que nos decís. Pero ¿cómo llegar hasta vosotros? Yo soy un ser desnudo y avergonzado. ¿Cómo caminar con dignidad? No tengo nada que dar. ¿Qué apreciáis vosotros en mi cultura, en mi pobre tesoro? Sólo sabéis despreciarla. ¿Deberé ir hacia vosotros como un mendigo, para recibirlo todo de vuestra mano omnipotente?

Haga lo que haga, tengo que esperar, demorarme, encontrarme a mí mismo, encontrar mi tesoro, esperar a que deseéis algo de mí y necesitéis ese algo que soy yo. Y entonces podré alzar la cabeza y decir a mi mujer y a mis hijos: «Escuchad, me llaman, me necesitan. ¡Voy hacia ellos!» Y entonces podré cruzar la calle con la cabeza alta porque iré a hablaros de igual a igual. No os despreciaré por vuestro paternalismo, pero vosotros tampoco me trataréis con condescendencia. Puedo vivir sin vuestra limosna pero no puedo vivir sin mi hombría. No me arrodillaré ante vuestra compasión. Vendré con dignidad y, si no, no vendré.

Vosotros habláis en las escuelas de integración. Pero ¿se puede hablar de integración cuando no hay una integración social, una integración de los corazones y de los espíritus?

Acompañadme al patio de una escuela en la que se pretende que reina la integración. El suelo es negro,

plano, liso y feo; mirad, es la hora del recreo: los alumnos corren hacia el patio. Y se forman entonces dos grupos distantes: a un lado, los alumnos blancos y allá lejos, junto a la empalizada, los autóctonos. Volved a mirar el patio; ya no es plano; se yerguen montañas, se abren valles, surge un gran abismo entre los dos grupos, el vuestro y el mío, y nadie parece capaz de salvarlo. Esperad, va a sonar muy pronto la campana y los alumnos abandonarán el patio. Solamente se mezclarán en el interior ya que en un aula es imposible producir un abismo grande: sólo puede haberlos pequeños porque no toleraremos los grandes.

¿Qué es lo que queremos? Sobre todo, queremos ser respetados y sentir que nuestro pueblo tiene su valor propio. Queremos tener las mismas posibilidades de triunfar en la vida, pero nosotros no podemos triunfar con arreglo a vuestras condiciones ni progresar según vuestras normas; necesitamos una enseñanza especial, una ayuda específica durante los años de formación, cursos especiales de inglés; necesitamos orientación y asesoramiento, oportunidades laborales equivalentes para nuestros jóvenes cuando terminen los estudios, ya que, si no, se descorazonarán y dirán: «¿Para qué nos ha servido todo esto?»

Nadie debe olvidar que nuestro pueblo tiene unos derechos especiales, garantizados por promesas y tratados. Nosotros no los mendigamos y no os agradecemos, porque bien sabe Dios que el precio ha sido exorbitante: el precio ha sido nuestra cultura, nuestra dignidad y el respeto que sentíamos por nosotros mismos. Hemos pagado, pagado y pagado hasta llegar a ser una raza herida, conquistada y minada por la pobreza.

Gracias por haberme escuchado; sé muy bien que en el fondo de vosotros mismos deseáis ayudarnos. Me pregunto si podéis hacer gran cosa. Sí, podéis hacer muchas cosas. Cada vez que encontraréis a mis hijos respetados como lo que son: hijos míos y hermanos vuestros.

Dan George

Esta carta de Dan George, jefe de la tribu de los indios capitanos (Columbia Británica, Canadá) fue leída por el misionero André-Pierre Steinman, en el coloquio del que se da cuenta en las páginas 4 a 11. El Padre Steinman, de Puvirnituq, Nuevo Quebec, que ha vivido más de 30 años entre los esquimales, afirmó en tal ocasión que, a su juicio, la elocuente carta del jefe indio expresaba también los sentimientos de los esquimales de Groenlandia y del Canadá.

Los textos y dibujos que aparecen en estas páginas son obra de narradores y de artistas esquimales. Las ilustraciones no forman parte del manual cuyos fragmentos reproducimos, sino que han sido tomadas del calendario *Reflets du Pays, Cape Dorset 1975*, de un catálogo de obras de arte esquimal titulado *Cape Dorset Estampes 1973* (ambos publicados por West-Baffin Eskimo Cooperative Ltd., Cape Dorset) y del libro *Eskimos, nomades des glaces*, de Paul-Emile Victor (Ediciones Mondo, Lausana, y Hachette, París © 1972).

GENTES DE PAYNE BAY

En las páginas siguientes ofrecemos a nuestros lectores fragmentos de un manual de cultura esquimal al que bien puede calificarse de único en su género. En efecto, su elaboración ha exigido largas horas de relatos recogidos por la señora Michèle Therrien, especialista canadiense en lengua y cultura esquimales, entre la población adulta esquimal de Payne Bay, pequeña aldea de unos 300 habitantes situada en la bahía de Ungava, en Nuevo Quebec. Los narradores de esta historia esquimal tratan de transmitir a sus hijos unos conocimientos milenarios gracias a los cuales un pueblo original ha podido sobrevivir en un medio natural de los más inhóspitos.

En otros tiempos los padres esquimales y sus hijos vivían en estrecha relación, transmitiéndose directamente esos saberes. En nuestros días el contacto con la civilización moderna, la sedentarización y la creación de escuelas han apartado a los niños del grupo familiar y de su enseñanza tradicional, haciendo de la escuela el principal centro de formación. Inquietos por esa separación, los esquimales han expresado a menudo el deseo de que en las escuelas se preste atención particular a su propia cultura.

Para satisfacer tal deseo, la Comisión Escolar de Nuevo Quebec pidió a la señora Therrien que recogiera y diera forma a los elementos fundamentales de esa cultura. La señora Therrien es profesora asociada del Instituto de Lenguas y Civilizaciones Orientales y del Centro de Estudios Árticos de París. El manual de cultura esquimal por ella preparado lo va a publicar próximamente la Comisión Escolar de Nuevo Quebec, Ministerio de Educación de Quebec (Canadá).



Existen dos sistemas de escritura esquimal: una silábica y otra alfabética. Las letras de escritura silábica que se reproducen arriba se pronuncian *kangirsumiut*, palabra que en lengua esquimal designa a los habitantes de Payne Bay (*Kangirsuk*), pequeña aldea del norte de Canadá. Ellos son quienes han elaborado el manual de cultura esquimal del que ofrecemos seguidamente unos cuantos fragmentos.



«El buho encantado», grabado en cobre del artista esquimal Kenojuak

Nuestra manera de vivir

Cuando éramos jóvenes vivíamos en casas frías. Mi madre iba a la pesca y yo me quedaba sola en casa. Cuando volvía, yo escuchaba el ruido de sus pasos en la nieve antes de verla al fin reaparecer en la noche fría.

Sentíamos una inmensa gratitud cuando traía pescado, lo mismo que cuando nuestro padre volvía con carne de foca. Durante la ausencia de los dos, yo me quedaba sola en la casa fría.

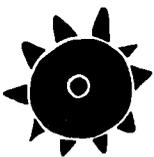
Cuando ya fui adulta iba a buscar musgo para hacer fuego. Lo recogía en grandes cantidades. Así nos las arreglábamos hasta que íbamos a vivir en el iglú.

Los hombres cazaban la morsa. Cuando la caza había sido buena, introducían el qamuti (trineo) cargado de carne en el iglú. La carne, cortada en el sitio mismo de la caza, se helaba rápidamente y podíamos comer una buena carne fresca. La mayoría de las veces la comíamos cruda ya que el hornillo de aceite (qulliq) ardía muy lentamente.

Cuando dejábamos el iglú para volver a vivir bajo la tienda, descubríamos que en ésta hacía calor, que la vida era tranquila y que había mucha luz.

Mary Taqulik

«Danza del sol»,
grabado en piedra
de Kalvak



Nuestra manera de viajar

Desde aquí, es decir desde la aldea, remontábamos el río Payne. A veces se producían accidentes. Recuerdo que Sarah Ottasi cayó al agua arrastrada por la cuerda con que los perros halaban desde la orilla el umiaq en que viajábamos. Sarah los guiaba. La cuerda se enganchó en las rocas y la arrastró. Mi padre se puso a gritar: « Se ha ahogado.»

A menudo los viajes eran muy difíciles, sobre todo cuando remontábamos los rápidos del río. Los perros tiraban del umiaq con largas cuerdas y una mujer los guiaba. Los hombres vigilaban la embarcación. Los pasajeros no debían moverse. Los hombres remaban y el que sostenía la caña del timón debía ser muy prudente.

Recuerdo otro accidente: se produjo una vía de agua en el umiaq y la gente se ahogó. Dos de los viajeros, un anciano y su mujer, fueron arrastrados por la corriente del Payne, desde la parte superior del río hasta la aldea.

Mary Taqulik

La gente de Payne Bay

ABRIGO. Desde la primavera hasta bien entrado el otoño se vivía en tiendas de piel. Tras la temporada de caza y pesca se volvía en otoño a Payne Bay para acampar durante el invierno. Se utilizaba la tienda hasta que hubiera nieve suficiente para construir un iglú, rodeándosela de un muro de nieve hasta que ésta era bastante espesa para cortarla en bloques.

COMBUSTIBLE. Además del ursuq (aceite), se utilizaban diversos tipos de leña: ramas de sauce (irsutrit), de tingangait, de urplit, etc. La leña se recogía y almacenaba antes de que cayera la nieve. Cada día era necesario proveerse de combustible para calentarse y cocinar.

TRANSPORTE. El umiaq tradicional, hecho de madera y pieles, fue sustituido por una embarcación más moderna, toda de madera. El umiaq sólo servía en verano y una familia suficientemente rica para adquirirlo invitaba a otra familia a servirse de él para volver al campamento de invierno. Cada umiaq tenía capacidad para unas diez personas.

ALIMENTACION. Terminada la caza y la pesca de verano, se almacenaban los alimentos. La carne de foca se guardaba en un fardo (putraq) hecho con la piel depilada del mismo animal. Los alimentos se dejaban bajo las rocas y, cuando en invierno los hombres y los perros necesitaban comida, se retornaba al sitio en trineo. Era imposible transportar todos los peces y la caza al campamento de invierno ya que las familias utilizaban el umiaq para trasladarse del campamento de verano al de invierno. La alimentación consistía en pescado seco y congelado, carne de morsa, de ballena y de foca. En verano se comían muchos moluscos.

VESTIDO. El otoño era una estación de intenso trabajo para la mujer. Debía coser toda la ropa de invierno de su marido y de sus hijos. Cosía mitones de piel, chaquetas abrigadas, chaquetas de caribú y otras más ligeras forradas con edredón, botas de piel de foca, pantalones. A la costura se añadía el trabajo cotidiano de cocinar, recoger leña y ocuparse de los niños.

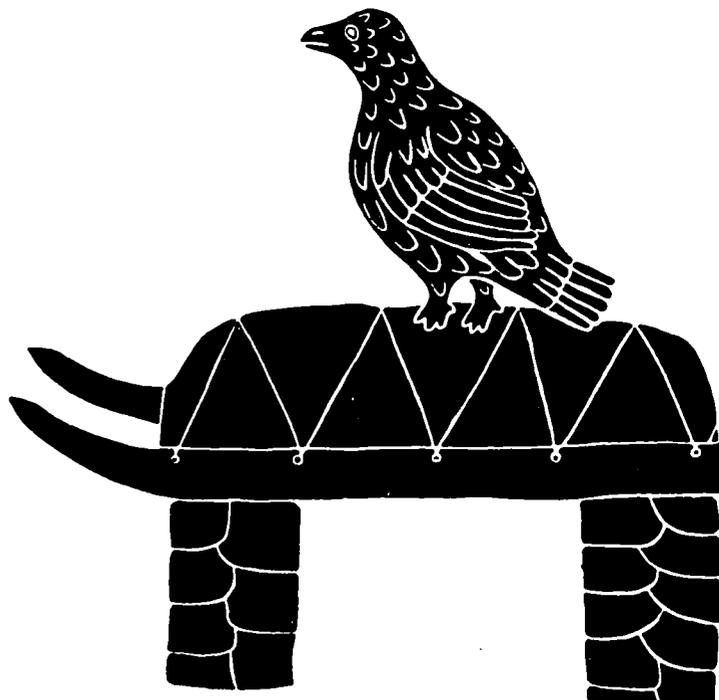
EQUIPO DOMESTICO. Consistía en una lámpara de esteatita (qulliq), una lámpara de aceite, piedra de chispa (kasuk), musgo seco, pieles de foca en cantidad suficiente para fabricar los arneses de los perros, una tarima de madera que servía de cama en las viviendas y en los iglús de caza, vajilla y otros utensilios.

CONTROL DE LA TEMPERATURA. Hay que observar constantemente el tiempo para saber si el momento es propicio para cazar o para ir a recoger leña, etc. La verificación del tiempo que hace tiene lugar por la mañana temprano.

EQUIPO Y ARMAS. El cazador debe mantener todo su equipo en buen estado, listo para partir. Fabrica figas (arpones de tres dientes) para la pesca, sus trineos y su kayak, y limpia su fusil. Tensa una tela blanca de algodón o una piel en un bastidor de madera para cazar la foca. Prepara sus cartuchos. Antes de que se empleara el fusil, el cazador aprestaba su arco, sus flechas, su arpón. Siempre tiene que llevar consigo un cuchillo y un saco.

LA CAZA DE LA FOCA. El cazador puede partir solo a cazar focas en el hielo. Para

«Soledad», grabado en piedra de Kalvak



descubrir las se sube a una colina para otear los alrededores. Si las encuentra, avanza con sus perros. Lleva consigo a un joven que retendrá a los perros mientras el cazador trata de matar la foca. Finalizada la caza, hace una señal para que el joven se acerque con el trineo. Si se advierte la presencia de otras focas en las cercanías, el joven se aparta y trata de calmar a los perros.

LA PESCA EN INVIERNO. Se pesca a través del hielo con un sedal y un anzuelo. También suele construirse una barrera de piedras (saput) que obliga a los peces a juntarse, y entonces se los arponea con la figsa.

LA PESCA EN VERANO. Se utilizan redes que hay que colocar de una manera determinada si se quiere obtener una pesca abundante: no deben estar demasiado tensas, hay que apartar las algas atrapadas en ellas, y no se las debe colocar en aguas demasiado profundas porque en estas no es fácil capturar los peces.

CAZA CON TRAMPAS. La practican por igual los hombres y las mujeres. Una buena técnica asegura una buena captura. Se cubre la trampa con una capa de musgo tierno que no debe ser muy espesa: de lo contrario sólo el musgo queda atrapado, no la pata del zorro. Tampoco el trozo de carne o los huevos podridos que se colocan en la trampa deben ser demasiado grandes: el zorro puede morderlos sin caer en ella. Hay que observar la dirección del viento: si sopla en la dirección del zorro, el animal, atraído por el olor, irá directamente a la trampa.

También los muchachos colocan trampas. Una presa es siempre un acontecimiento ya que la venta de la caza permite comprar herramientas, armas y otros objetos.

EL HAMBRE. Cuando llega a faltar la comida, las familias se ayudan recíprocamente. El que tiene un poco lo comparte con sus vecinos. La gente recuerda todavía algunos años particularmente difíciles cuando, para evitar la escasez de alimentos, las familias se separaban y cada una seguía su camino.

*Siasi Grey
Saalatí Simioni
Minnie Annaatak*

Abrigos temporales durante los desplazamientos

Hay que saber muchas cosas para poder construir un iglú. Construimos abrigo cuando viajábamos con nuestros perros y seguimos haciéndolo ahora que utilizamos mototrinesos.

Cuando nieva y sopla el viento, el viajero corre peligro. Hay que detenerse y pensar bien dónde se debe construir el iglú; la elección debe ser cuidadosa, porque el iglú puede ser arrastrado por el viento o quedar cubierto por la nieve.

Ahora tenemos mototrinesos que pueden llevarnos rápidamente de regreso a la aldea, pero de todos modos conviene aprender ciertas medidas de protección.

Fuera del iglú se coloca un bastidor de lona contra el viento. Si se carece de bastidor, se emplean bloques de nieve. La nieve blanda se la lleva rápidamente el viento y el iglú no se puede construir. Cuando no hay viento es difícil respirar en el interior. Cuando hace frío y el iglú está situado en un lugar demasiado elevado, la nieve puede ser arrastrada fácilmente por el viento. También es peligrosa la nieve helada.

La mejor nieve para construir un iglú es la nieve brillante, con copos cristalizados en la superficie, como si hubiera llovido. Es una nieve buena y tiene el mismo aspecto por arriba que por abajo. No es ni demasiado blanda ni demasiado dura.

Aquí no hay árboles y es necesario ser muy prudente cuando uno sale de caza. Si se va a estar ausente más de un día, si no se puede regresar y si amenaza tormenta, hay que sopesar bien la situación. Cada minuto cuenta cuando comienza a nevar y se pone a soplar el viento del norte y aparecen los nubarrones.

Si cuando se construye un iglú durante la tormenta la nieve se amontona en torno a él, es señal de peligro, sobre todo si la construcción apenas ha comenzado. Tal cosa me ha sucedido dos veces. Cuando la nieve fresca cubre el iglú, hay que abandonarlo y buscar otro lugar para construir un abrigo.

Mi hermano solía acompañarme y yo procuraba no perderlo de vista, llamándolo para saber si estaba cerca. Si uno no puede hacerse oír, es mejor llamar a los perros que tienen mejor oído. De esta manera, después de llamar en mi ayuda a mis perros, sabía dónde me encontraba.

Conviene llevar consigo algunas reservas para el caso de que la tormenta estalle súbitamente. También hay que cuidar del mototrineo. En otros tiempos, construimos con bloques de nieve una plataforma elevada sobre la cual colocábamos el qamuti o trineo para impedir que los perros se comieran los arneses. El mototrineo puede quedar enterrado en la nieve y luego cuesta mucho levantarlo.

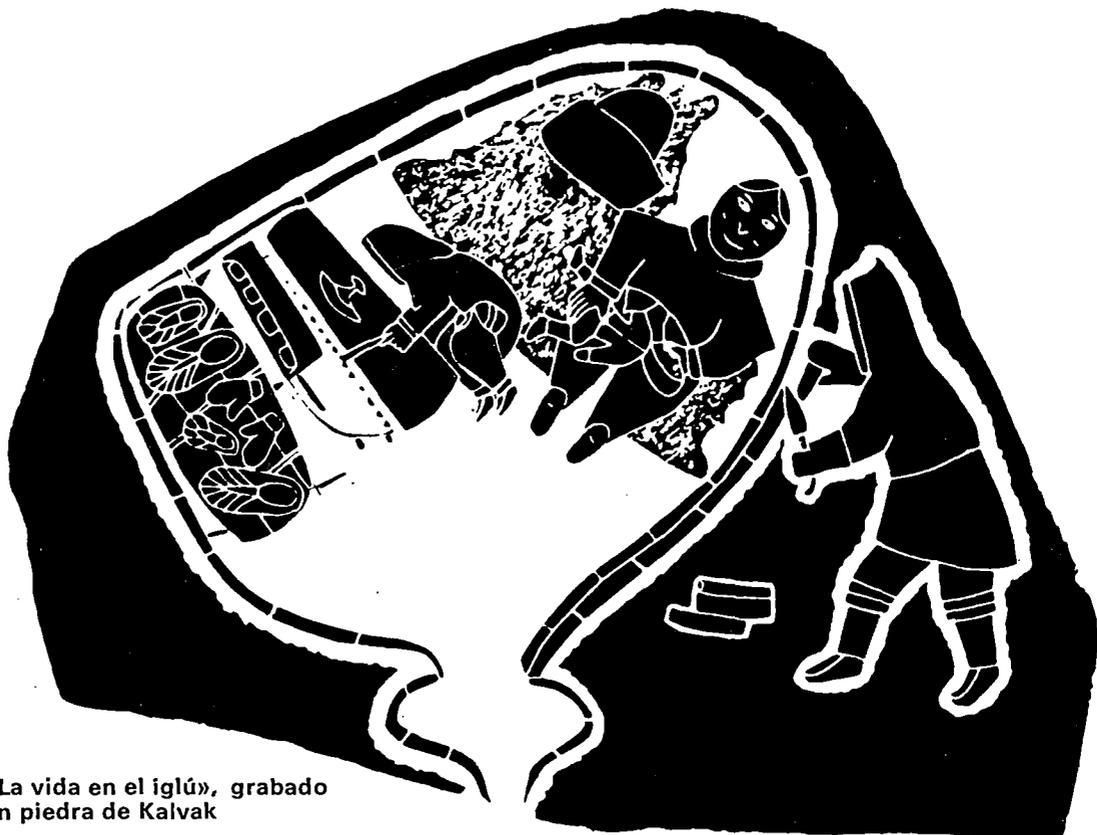
Antes de salir de la aldea hay que asegurarse de que uno lleva un cuchillo y un bastidor. Sin estos dos objetos el cazador corre el riesgo de morir de frío o de helarse los pies si

su mototrineo se avería lejos de la aldea.

Después de construido el iglú todavía hay que tomar otras medidas de protección. Al entrar en un iglú se tiene una inmediata sensación de calor, pero la noche puede ser muy fría. Si no se cuenta con un saco de dormir o con un calentador, es preciso no permanecer inactivo. Hay que cavar un hueco en la nieve y meter allí los pies. Es mejor guardar las botas puestas para evitar la congelación. Asimismo, hay que encontrar algo en que sentarse al borde del hueco para que no se moje la ropa.

Me han enseñado a viajar y a construir un abrigo. He visto hacerlo y lo he hecho yo mismo. Hay que tratar de hacer las cosas que merecen la pena. Lo digo para que los jóvenes lo sepan. Esto les ayudará cuando oigan hablar de estas cosas o se vean obligados a hacerlas.

Zacharissie Tarqiapik



«La vida en el iglú», grabado en piedra de Kalvak

Estado del hielo en el otoño

He aquí algunas cosas que hay que saber. Antes, cuando los perros avanzaban sobre un hielo peligroso, era fácil dar la vuelta y regresar. Durante el día uno puede saber por los perros cuál es el estado del hielo. Actualmente, el mototrieno sigue su marcha sin que pueda saberse si hay peligro o no.

Si se ve que han caído recientemente pequeños copos de nieve sobre la superficie, ello significa que el hielo no es todavía suficientemente sólido y, por tanto, resulta peligroso. También se puede observar una especie de nieve mezclada con agua.

No hay que viajar sobre el hielo formado recientemente. Los lagos parecen helados pero a veces en el centro el hielo es muy delgado. En las orillas de los lagos no hay peligro. El agua comienza a helarse en los bordes y progresivamente se hiela hasta el centro.

Zacharissie Tarqiapik

Los peligros del hielo en primavera

Hay señales que indican si el hielo de primavera es peligroso. Algunas de ellas pueden verse en los lagos y en los ríos.

Hay que evitar los huecos cubiertos de nieve blanda que forma pequeñas burbujas. El hielo que se funde también es peligroso. A veces el hielo parece firme bajo una capa de nieve pero ésta puede ocultar un agujero.

Los lagos que están protegidos por montañas tienen frecuentemente agujeros cubiertos de nieve blanda. Cuando se quiere avanzar sobre un lago helado es mejor comenzar por el borde donde se ha amontonado la nieve. El hielo y la nieve flotan mejor donde la nieve de la orilla es más alta.

Zacharissie Tarqiapik

Construcción de un kayak

Se necesitan aproximadamente cuatro semanas para construir un kayak nuevo, incluido el tiempo necesario para coser las pieles.

Para un kayak grande se precisan cuatro pieles grandes de foca.

La embarcación es pesada y hacen falta dos hombres para llevarla hasta la orilla. La gente del interior utilizaba un kayak de madera y de piel de caribú. Era ligero y un solo hombre podía transportarlo.

Tumasi Kallak

La pesca

Se pone un trozo de carne o de grasa de tunu (caribú) en la punta del sedal para atraer al pez. También se puede utilizar las tripas de un pez, o incluso algodón blanco. El cebo no debe estar muy atado al anzuelo, ya que el pez no mordeará.

La pesca de moluscos en invierno

Para pescar moluscos en invierno se hace un hueco en el hielo por el cual se introduce el pescador. Con marea baja éste puede arrastrarse bajo el hielo. Se toma una lámpara y se recogen los moluscos. Esta técnica se practica en las puntas (salientes rocosos). Cuando las grietas del hielo son suficientemente grandes para que un hombre pueda deslizarse a través de ellas, no es necesario practicar un agujero.

Este tipo de pesca es sumamente peligrosa. Ha sucedido a veces que los pescadores no podían encontrar el sitio por el que entraron y quedaban atrapados bajo la gruesa capa de hielo al subir la marea.

Saalatl Simioni



«Buho», detalle de un grabado de Joe Talirunili

La caza

Las corrientes arrastran hielo flotante y en la desembocadura del río Payne a veces se acumula súbitamente. Hay que tener mucho cuidado.

Cuando uno quiere ir de caza acompañado no hay que obligar a nadie a hacerlo. Alguien puede aceptar sin tener realmente deseos de partir. Entonces esa persona puede mostrarse perezosa durante el viaje, pueden producirse accidentes y hasta se puede perder la canoa si esa persona no se ocupa de ella como es debido. Una situación semejante no puede traer nada bueno.

Una mujer puede resultar muy útil si está acostumbrada a ir de caza. Hará lo mismo que un muchacho en iguales circunstancias y, por otra parte, aprenderá a cazar bien, además de sus labores domésticas.

Cuando se caza una foca hay que descuartizarla inmediatamente y colocar los trozos en la canoa. Si uno llega a verse atrapado por los hielos, es fácil arrojar esos trozos al mar. Por otro lado, es conveniente mantenerse siempre a la vista de los demás. Si uno corre peligro, es fácil pedir ayuda.

Cuando una foca instalada sobre el hielo tiene la piel seca es señal de que duerme. Si la tiene mojada, la foca no duerme y lo ve a uno perfectamente. La foca tiene una vista muy aguda. Se puede intentar atraparla haciendo mucho ruido.

La foca madre es muy peligrosa. Quiere a sus crías y las protege. Si se intenta matar a una de ellas, la madre atacará la canoa. Sus garras son muy puntiagudas.

Cuando suben a la superficie, las focas grandes forman burbujas. Un minuto antes de aparecer, el hielo se desplaza y se ven dos grandes burbujas. Si se toca el hielo, la foca advertirá la presencia del cazador. Es preferible matarla en el momento preciso en que aparece.

La foca pequeña se llama tigl-turaq y es más fácil de cazar. Aun cuando la canoa haga ruido al chocar con el hielo, eso no la inquieta.

A las focas llamadas tiriluk se las encuentra fácilmente en torno a las islas, cuando la marea está baja y hay hielos flotantes.

A veces se encuentran focas sobre el hielo pero es imposible llegar hasta ellas porque la corriente arrastra gran cantidad de hielo flotante. Pero hay otros lugares que no son peligrosos.

Si uno se encuentra en un lugar en el que existen muchos bloques flotantes de hielo y en el que tienden a juntarse demasiado, es fácil alejarse de la

«Juego», grabado en piedra de Akourak



costa en una canoa. Cuando empleábamos el kayak era más difícil: el kayak es pesado y no tiene motor.

Hay que tener mucho cuidado cuando el agua se hiela. En otoño, el agua de mar es muy pesada, más pesada que el agua dulce. Cuando hay nieve en la superficie, se tiene la impresión de que no ha nevado. Entonces hay que ser muy prudentes.

Por otra parte, no hay que dejar la canoa en el hielo cerca de la playa, y no hay que abandonarla cuando está orientada hacia el mar. El hielo que se funde puede quebrarse y la canoa se deslizará hasta el agua. Hay que dejarla pues en un lugar seguro. El hielo se rompe junto a la orilla.

Antes de tratar de avanzar sobre el hielo cuando se ha visto una foca hay que verificar si el hielo puede quebrarse. Cuando queda poco hielo alrededor, lo que queda se deshace.

La foca levanta la cabeza cuando respira. Sin embargo, no respira cuando está acostada, exactamente como si estuviera en el agua.

Si al avanzar hacia una foca ésta mueve la cabeza y se desplaza, es mejor detenerse.

*Simioni Simioni
Zacharissie Tarqiapik
Tumasi Kallak
Aguiaq*

Caza al zorro

Cuando en otoño el cazador va a sus trampas, puede suceder que vea un zorro fuera de ellas. Si el zorro ve al cazador, éste debe simular que no lo ha visto para no espantarlo.

Si el zorro no ve venir al cazador, éste puede ocultarse detrás de una roca y silbar. El zorro se acercará creyendo que se trata de un leming. Si el animal hace frente al hombre, éste debe detenerse cuando el zorro se detiene. De otro modo, huirá. Cuando el zorro está cerca y no mira en dirección al cazador, hay que disparar rápidamente antes de ser visto.

Si se encuentra un zorro dormido, con los miembros encogidos, el cazador puede acercarse mucho a él, sin hacer ruido.

Saalati Simioni

Caza a la liebre

Es posible seguir las huellas de las liebres en las colinas. Si la liebre da la vuelta en una dirección, el cazador puede ir en dirección contraria y encontrarla. Si la liebre va a ocultarse detrás de unas grandes rocas para descansar, se quedará allí durante todo el tiempo que el

cazador no la vea. Si advierte que el cazador se acerca, huye. Es mejor simular que no se la ha visto y buscar en otra dirección un buen ángulo para disparar.

Jamás hay que dirigirse directamente hacia la liebre. Avanzando de lado se puede llegar muy cerca de ella. Es posible seguir su pista pero ésta puede llevar muy lejos. Mejor es buscar en otro sitio.

Saalati Simioni

Caza a la perdiz blanca

Para cazar la perdiz blanca o lagópedo hay que caminar en la dirección del viento. Si se ven varias de estas aves juntas y que emprenden el vuelo, podemos estar seguros de que volverán a posarse en el mismo lugar. Se sigue avanzando en la dirección del viento y se dispara. Algunas aves echan a volar y van a posarse un poco más lejos. Se sigue avanzando en la misma dirección y se las puede cazar a todas. Cuando los lagópedos se ocultan, se les puede seguir la pista.

Conviene que los niños acompañen a sus padres durante este tipo de caza, pero deben mantenerse apartados y ser prudentes.

Saalati Simioni

Historia del somorgujo

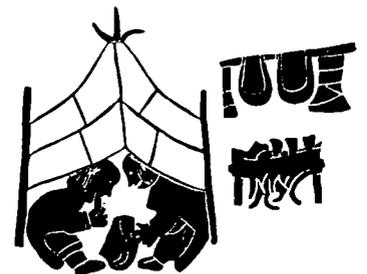
Los viejos creen que el somorgujo puede indicarles algunas cosas. Por ejemplo, cuando está en el agua y mueve su cuerpo de un lado a otro para señalar que sus patas apuntan en cierta dirección, se le llama nulurtutuq, lo que significa que mantiene las patas sobre el agua. Entonces hay que mirar si tiene las dos patas levantadas: en tal caso el somorgujo indica que ha visto un caribú en cierta dirección.

El cazador sabe que los caribús están allá, pero mucho más lejos si el ave no mete las patas en el agua mientras las agita.

El cazador llegará al lugar donde se encuentra el rebaño de caribús en dos o tres días. Va directamente al lugar y cuando llega a la región indicada ve en seguida las huellas en el suelo. Entonces sigue la dirección indicada por el somorgujo.

Si el ave mete sus patas en el agua mientras mueve el cuerpo, es señal de que el caribú está más cerca.

Además, si uno está a punto de sufrir por falta de alimentos durante el verano, el somorgujo se entristece y emite ruidos para indicar que sabe que las gentes van a tener hambre.



«Descuartizando un caribú», grabado en piedra de Kallvak

« ¡Qué alegría, veo diez caribús ! », grabado de Pootagok

Si una pareja de somorgujos baila sobre el agua haciendo mucho ruido, ello significa que la gente va a ser feliz y a comer en abundancia.

Cuando el somorgujo da vueltas en el cielo y simula que va a descender a tierra, ello quiere decir que los caribús están muy cerca pero que el cazador no los puede ver.

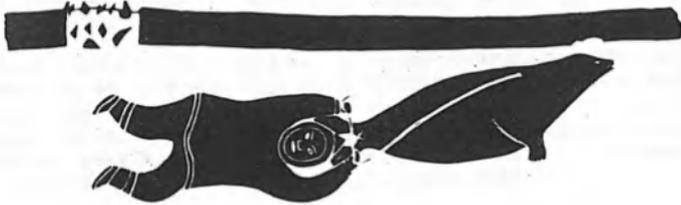
El cazador que comprende esta señal del ave debe dirigirse a lo alto de una colina cercana para ver el rebaño de animales.

Pero todo esto sólo puede servir a la gente que conoce las costumbres del somorgujo. Y lo que acabo de decir es cierto: estas cosas han sucedido realmente.

Tumasi Kallak

Viajes de caza fuera de la aldea. Ayer y hoy

¿Cómo contar la historia? Quizás pueda decir lo que sé por mí mismo, por propia experiencia, sin que nadie me lo haya enseñado.



«Atrapado en su propia trampa», grabado en piedra de Akourak

En otros tiempos tenía perros y un trineo y salía sin importarme el tiempo que hiciera. Cuando había una tormenta y no sabía por dónde ir, dejaba que los perros me guiaran, sin tratar de dirigirlos. Un perro no se pierde si el cazador no le da instrucciones. En caso contrario, el perro también puede perderse en la tempestad.

Hoy día se utilizan mototri-neos y hay que ser en extremo prudentes. Nada puede ayudar al conductor. Puedo perderme fácilmente si no tengo cuidado. Sé que algunos senderos son peligrosos. Sucede que un sendero que se toma al salir de la aldea a veces se vuelve malo y peligroso, sobre todo en primavera.

Si no presto atención al tiempo que hace, puedo verme en peligro. Hay que proveerse de una buena reserva de gasolina, sobre todo cuando el viaje de regreso exige más tiempo que el de ida.

Si hubiera aprendido a viajar sin riesgos fuera de la aldea, mi padre y mi madre se habrían sentido tranquilos. Así piensan los inuits.

Piita Angutinguak

Aldea de Puvirnitug

Puvirnitug significa carne nauseabunda y podrida (durante el verano caluroso).

Había mujeres que viajaban sobre el hielo y construían su propio iglú. Había también grupos de hombres que cazaban. Llevaban con ellos un perro que husmeaba los agujeros y grietas del hielo. Los cazadores clavaban sus arpones en el agujero y amontonaban bloques de nieve alrededor de él. Entonces esperaban toda la noche a que la foca saliera a respirar. A veces los cazadores se dormían.

Los hombres tenían tanta hambre que se arrebataban los pedazos de carne. Uno de ellos se cortó la mano sin siquiera sentirlo. Un cazador que quería quedarse con todos los trozos de carne al final no obtuvo absolutamente nada.

A los perros los alimentaban con una sopa de carne de foca.

Uno de los cazadores se encargaba de advertir a los demás si el hielo comenzaba a quebrarse. Entonces volvían a tierra. El viaje podía durar un día entero.

Los iglús construidos en la nieve tenían un bloque de hielo a manera de ventana. Ese hielo provenía de un lago que a menudo se hallaba lejos. Cuando había que trasladarse a otro sitio, la gente se llevaba la ventana, pero a veces se olvidaba de hacerlo y entonces había

que regresar a buscarla.

Cuando volvían a Puvirnitug, los cazadores se dedicaban durante el verano a recoger aceite de ballena, que era enviado al sur. Otros se iban a cazar el caribú en el interior. Los que se quedaban a trabajar eran empleados por los blancos y recibían un salario: les pagaban una parte del dinero por la mañana y el resto por la tarde. El salario de una jornada entera se llamaba tatauti.

Los sirginirmiuts, los numamiuts y los sinaamiuts (habitantes de Ungava) solían juntarse para jugar. Eran gente que vivía en el hielo, en el continente, en las costas. Se organizaban concursos. Había carreras a pie y se jugaba a la pelota. Para decidir cuál de los equipos debía iniciar el juego se trazaba un círculo en el suelo y dentro de él se clavaba una estaca con una cuerda atada en forma de lazo. Había que tirar la pelota lo más alto posible y hacerla pasar por ese lazo.

Los trajes estaban hermosamente bordados. Dos mujeres tenían la reputación de coser bellos vestidos muy adornados. Cuando comenzaron a venderlos a los blancos, aprendieron dos palabras: sí, no.

Tumasi Kallak



«Ocas, hombre y animales», grabado de Parr

En la tundra soviética



Cuando los escolares aprenden a manejar el lazo

por Vladimir I. Vasiliev

Foto G. Volkov © Sovietskaja Photo, APN, Moscú

Texto © copyright

DESDE tiempos inmemoriales los pueblos del norte de la Unión Soviética se han transmitido de generación en generación los métodos de cría de ganado. Tal transmisión tenía lugar en el marco de la familia o en el del campamento. La edad de los niños contaba al respecto (hasta los 5 años, de 5 a 7, de 7 a 10, de 10 a 12 o más); a medida que la edad aumentaba, las técnicas transmitidas se complicaban.

Esta transmisión de prácticas y conocimientos, entre padres e hijos, ha formado parte durante largo tiempo del proceso general de la educación familiar, como fuente única y fundamental del aprendizaje profesional.

La construcción de edificios escolares en el el Extremo Norte se inició

durante los primeros años del régimen soviético, desarrollándose a un ritmo rápido. Ya a fines del decenio de 1930-39 la red escolar en cuatro de los siete distritos boreales de la URSS y en el *oblast* (región administrativa) de Murmansk contaba con 86 escuelas e internados. Por esa época se crearon en las zonas de tundras y de taigas, además de las escuelas fijas, una serie de escuelas ambulantes nómadas en los campamentos de pastores de renos, en los lugares costeros de pesca y en las zonas de concentración estacional.

Gracias a la rápida creación de esta red escolar en las zonas boreales pudo resolverse en un lapso de tiempo relativamente breve el problema de la escolarización de todos los niños autóctonos de más de siete años, incluyendo no sólo a los sedentarios o semisedentarios sino también a los nómadas. La cuestión quedó satisfactoriamente zanjada en el decenio de 1940 en la mayoría de los distritos del Norte. (Véase en *El Correo* de junio de 1972 el artículo de Yuri Ritjeu «Los niños del Lejano Norte soviético».)

En el periodo siguiente los esfuerzos se concentraron en la ampliación de la red escolar y el mejoramiento de los métodos de enseñanza, en función sobre todo de las particularidades locales.

En 1970 existían en las regiones del Extremo Norte más de 600 escuelas de diversos tipos, entre ellas de enseñanza primaria (con seis años de escolarización) y secundaria (una breve de 8 años y otra larga de 10).

Habida cuenta del carácter peculiar de la producción agropecuaria en las regiones del Septentrión, centrada esencialmente en la cría del reno, las escuelas secundarias dispensaban una enseñanza que servía de preparación para oficios como el de criador de renos, el de pescador y el de ganadero. Ese mismo tipo de formación sigue predominando actualmente en los establecimientos escolares de las regiones boreales de la URSS.

La politecnización de esos establecimientos, directamente vinculada a los problemas concretos de la preparación de técnicos en cría de renos, ▶

VLADIMIR I. VASILIEV es historiador e investigador del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Desde 1959 ha participado en quince expediciones científicas a las tundras y taigas del Extremo Norte soviético y ha escrito numerosos estudios sobre las poblaciones, las culturas y el desarrollo económico y social de esas regiones.



► ha permitido eliminar, fusionándolos, el foso que existía entre los dos tipos de escuela : la popular, en cuyo marco tenía lugar la formación profesional familiar, y la de enseñanza general.

Tal como se practica actualmente, la preparación de los niños autóctonos de las regiones nórdicas para una actividad profesional comprende tres fases esenciales :

1. La educación profesional de los niños en edad preescolar y en los primeros cursos (de 5 a 10 años) suele realizarse en el marco de la familia. En esas edades el instrumento educativo esencial es el juego, con los juguetes de imitación y de improvisación. En la mayoría de los casos se trata de copias en miniatura de las herramientas de que se sirven (o se servían) los adultos en la vida coti-

diana. Entre los más extendidos, citemos el arco y las flechas que desarrollan en el niño determinadas cualidades como la precisión y la estimación visual. Los juegos de los cazadores y pastores de renos se orientan todos al mismo fin : por ejemplo, lanzar el lazo. Pero poco a poco, por influencia de los adultos, el tiempo dedicado a los juegos disminuye y éstos pierden importancia, adquiriendo entonces un carácter práctico. Así, los niños lanzan el lazo sobre renos jóvenes, se entrenan enganchando un perro a un pequeño trineo, etc.

En las escuelas, desde el primero hasta el cuarto curso, el método fundamental de formación profesional de los niños consiste en juegos móviles o en deportes (sobre todo el esquí). Con tal fin se organizan clases de

gimnasia. En las clases primarias no se da una enseñanza profesional particular.

2. La etapa siguiente de la formación profesional es muy importante ya que durante ella los niños adquieren los hábitos prácticos indispensables para la pesca, la caza, la cría de renos y otras ocupaciones propias de la vida económica de las regiones nórdicas.

En esa edad (de los 11 a los 15 años) los niños se familiarizan con los instrumentos de pesca y de caza, aprenden a cuidar de los renos, asisten a cursos de biología sobre los animales de pieles valiosas y los peces y participan en las labores prácticas de las explotaciones ganaderas y de las brigadas de cría de renos.

En la escuela secundaria de la aldea de Novoe Chaplino (distrito de Chu-



Foto A. Vilatchev © «Sovietskoe Photo», APN Moscú

kotka) la materia principal que se enseñaba en 1964-1965 era la cría de animales para pieles.

Otras escuelas orientan la enseñanza hacia la caza, la pesca o la cría del reno. Son las necesidades económicas de los koljoses y sovjoses en cuyo territorio se hallan enclavadas las escuelas las que determinan la orientación de la enseñanza profesional que en ellas se dispensa. Se pone especial cuidado en que las escuelas dispongan de material suficiente y de buenos profesores; es precisamente en este punto donde las escuelas del Norte encuentran las mayores dificultades para organizar una enseñanza profesional eficaz.

En la práctica, toda la enseñanza de la cría de renos tiene lugar en las brigadas de los koljoses y los sovjoses. Así, en la escuela de Novoe Chaplino los alumnos de los cursos quinto a octavo, cuyos padres trabajaban en las brigadas de cría de renos, pasaban el verano allí trabajando como alumnos de pastor. Gran número de

LA ESCUELA DE LA VIDA DIARIA

En el distrito de Chukotka, inmenso territorio situado en la Siberia septentrional, la cría del reno constituye desde tiempos remotos la principal ocupación de la población aborigen. En las escuelas del Extremo Norte soviético se dictan cursos especiales para familiarizar a los niños con las costumbres de los animales. En cuanto al manejo del lazo, nada puede sustituir al ejemplo práctico de los adultos.

alumnos de las escuelas del distrito del Tashmir trabajan durante el verano en las brigadas de pesca de los koljoses locales y durante el invierno participan en la cría de perdices.

Junto a la escuela, y según la edad de los niños, la familia continúa desempeñando su papel primordial en la enseñanza profesional. La utilización de las armas de fuego, la conducción de los animales de tiro o de un trineo de renos, la preparación de las pieles, la confección de ciertos vestidos y la preparación de la comida son cosas que se aprenden normalmente en el seno de la familia. Habida cuenta de que no todas las escuelas del Norte están actualmente en condiciones de dispensar todos los cursos de enseñanza profesional antes citados, el papel de la familia en esta esfera sigue siendo muy importante.

3. La fase final de la enseñanza profesional es la especialización de los adolescentes en la profesión que hayan elegido. Los alumnos que, tras la enseñanza secundaria de ciclo breve, expresan el deseo de ampliar sus conocimientos en materia de cría de renos pueden seguir los cursos superiores de técnica agrícola que se dan en los centros de numerosos distritos y en las localidades importantes de la zona polar. De esos centros salen anualmente promociones de técnicos en ganadería nórdica.

Por último, al finalizar el ciclo breve (o si, por la razón que sea, no lo han terminado), una parte de los muchachos van a trabajar directamente a los koljoses y sovjoses. En tal caso, se les incorpora como alumnos a las brigadas de cría de renos o de caza y pesca (en general, uno por brigada). Allí aprende el alumno el arte de seguir el rastro de los animales, de poner trampas, de quitar y trabajar las pieles; adquiere la técnica de la pesca: qué lugares son los buenos según la estación, la profundidad de las aguas, el tiempo; se familiariza con el papel de pastor, aprende a distinguir los diferentes tipos de renos, los diversos pastos, las migraciones, a construir y a reparar los trineos, a adiestrar a los renos para el arrastre del trineo y a los perros de caza para guardar los renos. Durante todo su periodo de formación, el alumno trabaja bajo la dirección de un especialista.

La enseñanza dura de una y media a dos temporadas de trabajo para la pesca y los animales de pieles valiosas y, de dos a tres años en la cría de renos, tras lo cual el alumno se convierte en miembro de pleno derecho de la brigada.

Tal es el sistema actual de enseñanza en las regiones boreales de la Unión Soviética. Naturalmente, en el futuro habrá que mejorarlo. Pero, en general, responde ya bien a los problemas concretos de formación de técnicos especializados en cría de renos que tan necesarios son para los sovjoses, koljoses y promjoses de esas regiones.

V.I. Vasiliev



Foto V. Sujodolishi © TASS-APN, Moscú

de los indios algonquinos del Canadá oriental; de ella pasó al francés, siendo utilizada por primera vez en 1611 en esta lengua.

Aunque los exploradores del Ártico canadiense tropezaron periódicamente con los esquimales a lo largo de 300 años, tuvieron pocos tratos con ellos. Los esquimales vivían en régimen de economía natural, obteniendo alimentos y vestidos de los animales que cazaban. Durante el largo invierno ártico se cobijaban en una sorprendente construcción: el *iglú*, o casa de nieve; en verano vivían en tiendas de piel de foca o de caribú. Entre ellos y la naturaleza se había establecido una especie de equilibrio. Es posible que la población de entonces ascendiera a unas 20.000 o 25.000 personas, es decir casi un tercio más que la cifra actual de 15.000.

Pero no idealicemos. Su número total siguió siendo reducido porque la muerte rondaba siempre en torno a ellos. Los esquimales morían de hambre, morían de muerte violenta, morían jóvenes. Quizá padecieran ya algunas de las enfermedades de nuestra civilización antes de nuestra llegada: artritis, dolencias cardíacas, pulmonía, apendicitis.

La vida era precaria y relativamente sencilla. Los esquimales habían aprendido a amoldarse al ciclo climático de las estaciones y a la caza nómada. Eran casi prisioneros de su medio ambiente ártico. El historiador Toynbee habla de los esquimales como de una de las civilizaciones que él llama estancadas cuya proeza consistía en vivir y cazar en el litoral de los mares árticos o muy cerca de él. Esto exigía de ellos tanta energía que no podían dedicarla a progresar en otros sentidos. El ciclo climático los convertía en cautivos del Ártico.

Los esquimales no poseían literatura escrita ni escritura de ningún tipo, pero sí, en cambio, un vigoroso patrimonio cultural, consistente en sus relatos, sus cantos populares y sus danzas al son del tambor. Tenían una ética, unos tabúes y una concepción de las relaciones humanas cuyo carácter práctico redundaba en beneficio de todos.

En ciertos aspectos, su moral escandalizaba a los recién llegados del sur, pero se trataba de una moral nacida en el Ártico y no en Europa. Con el tiempo, fuimos nosotros quienes modificamos su concepción del mundo y aportamos muchas tensiones y contradicciones a este pueblo duro e industrial. Ellos sabían conservar su sentido del humor, incluso en las penalidades cotidianas. Una de las frases de su filosofía fatalista que ha llegado hasta nuestros días es *Ayungamut* (¡Qué le vamos a hacer!).

Los esquimales creían que la cantidad de piezas que podía cobrar un cazador dependía de sus relaciones con los espíritus, que controlaban las existencias de caza. Para cazar empleaban arpones, lanzas, dardos y

arcos y flechas, y normalmente conseguían alimentos suficientes para mantenerse. Dado el primitivismo de las armas que utilizaban, la densidad de la fauna salvaje no se veía gravemente afectada. La introducción del rifle facilitó considerablemente la labor de los cazadores, pero les incitó también a matar más piezas de las que necesitaban para mantener a su familia. Con ello desaparecieron rápidamente los recursos de los que habían dependido durante tanto tiempo para subsistir. Las ballenas se desvanecieron prácticamente del océano, y hubo una verdadera matanza de morsas, que empezaron a escasear a pesar de su enorme abundancia anterior. El buey almizclado desapareció de las zonas costeras.

A principios de siglo había quedado agotado el mercado de la ballena y surgió una nueva influencia con la llegada de los comerciantes. Los de la Compañía de la Bahía de Hudson dedicaron su atención a la piel del zorro blanco o zorro del Ártico; este producto de lujo pasó, pues, a ser el principal artículo que los esquimales cambiaban por alimentos, utensilios y otros enseres procedentes del sur. Los comerciantes introdujeron la práctica de trocar pieles de zorro por artículos comerciales, y de ese modo impidieron definitivamente que los esquimales volvieran a ser totalmente independientes. Los artículos de lujo que se vendían en las tiendas pasaron a ser artículos de primera necesidad en sus hogares.

Pero el desarrollo del comercio del zorro blanco tuvo a la vez conse-

cuencias buenas y malas para los esquimales. Las opiniones difieren en lo tocante a determinar cuáles fueron más importantes. Ese comercio revolucionó su modo de vida y alteró muchas de sus costumbres tradicionales. El zorro blanco abundaba sobre todo de noviembre a abril, que era cuando la mayoría de los esquimales se dedicaban antes a cazar focas en sus hoyos de respiración o en el mar. Los esquimales sustituyeron por el «*ban-nock*» de harina algunos de sus alimentos tradicionales, como la carne de foca, y empezaron a aficionarse al té, los dulces y el tabaco.

Antes de la aparición del hombre blanco, el zorro del Ártico era quizás el animal más inútil de todo el país. El esquimal primitivo aprovechaba rara vez su pellejo porque no es fuerte y resistente como el de la foca, el oso polar o el caribú. El zorro blanco no tiene las capas de grasa comunes a otros animales árticos, por lo que era muy poco frecuente que los esquimales comieran su carne. De todos modos,

LOS NIÑOS ESQUIMALES como todos los niños del mundo, tienen una capacidad innata para improvisar sus juegos. Así, un tablón y un montículo bastan para formar un balancín al aire libre, como el de la foto de arriba, tomada en Kotzebue, Alaska. Abajo, una familia groenlandesa aprovecha un día de sol para poner a secar sus botas de piel de foca bordada.



Foto Gunvor Jörgsholm © Pressehuset, Copenhague



Foto J.-Ph. Charbonnier © Réalités, Paris

éstos no renunciaron del todo a la caza de focas en beneficio de las trampas para apresar zorros; se limitaban a interrumpirla durante esa breve temporada. El paso de una economía cinegética a otra mixta de cazadores y tramperos fue muy similar al que se operó cuando nuestros antepasados pasaron de la caza a la agricultura y la industria a fin de conseguir un modo de vida más fácil y cómodo gracias a las muchas ventajas que se derivaron de esa evolución.

Aproximadamente desde principios de siglo hasta la Segunda Guerra Mundial, los nuevos productos que ofrecían los comerciantes de pieles fueron imponiendo gradualmente a los esquimales un nuevo tipo de economía, y con ella vino la dislocación de un muy antiguo sistema de vida. Esta influencia se difundió en diversa medida por más de dos millones y medio de kilómetros cuadrados del Artico. Sin embargo, hasta el conflicto mundial los esquimales canadienses siguieron llevando una vida nómada bastante primitiva en un país remoto y muy poco poblado.

La guerra y el rápido desarrollo de los viajes por avión pusieron fin al aislamiento del Artico. En diversos puntos se establecieron estaciones militares, meteorológicas y de radio. La situación de los esquimales pasó a ser un tema de interés para el público canadiense. La gran frecuencia entre ellos de las enfermedades tuberculosas y de otras de carácter epidémico aumentó aun más tras su mayor contacto con los hombres procedentes del sur.

Por otro lado, el mercado del zorro blanco desapareció en 1949, provo-

cando graves penalidades. Ello sirvió para que se descubriera, más bien tardíamente, que no cabía seguir considerando a los esquimales como a un grupo aislado. Era preciso tomar medidas para prepararles a ocupar su puesto en un Artico en evolución y, en último término, para integrarlos en la economía canadiense. Dado este cambio inevitable, los esquimales se enfrentaban con tres tipos principales de necesidades: las relativas a la salud, a la educación y a una economía que pudiera mantenerles.

Además del ballenero y el comerciante, otra gran influencia fue la del misionero cristiano.

El otro hecho esencial es que hacia 1950 el Artico tuvo que cambiar de nuevo para que los esquimales no se vieran condenados a una extinción lenta en forma de esclavitud económica y social permanente.

La tierra no podía seguir manteniéndolos. El caribú había disminuido de un modo alarmante: de unas 600.000 cabezas a 175.000, entre 1945 y 1950. El precio del zorro blanco, que era la única fuente de ingresos para ellos, había bajado de 30 o más dólares a unos 5. En cambio, subía el precio de los artículos en venta en las tiendas. Los esquimales habían aprendido a leer y a escribir utilizando un sistema silábico muy simple, pero sus materiales de lectura eran esencialmente religiosos. En inglés o en francés eran analfabetos en un 95 por ciento. Uno de cada ocho esquimales estaba tuberculoso. Esta era la situación hacia 1950. El mundo empezaba a percatarse cada vez más claramente de las necesidades de los países en desarrollo. También el Canadá comenzaba a comprender las necesidades

de sus primeros ciudadanos árticos, los esquimales.

En los diez años últimos han progresado mucho los servicios sanitarios, y hoy en día todos los esquimales son sometidos periódicamente a exámenes médicos. Persiste la tuberculosis y, aunque empiezan a estar inmunizados contra otras enfermedades que llegaron desde el Sur, siguen siendo propensos a algunas de ellas.

Uno de los intentos más recientes de elevar el nivel de vida de los esquimales, y de neutralizar las asperezas de un medio natural sobremanera duro, fue el establecimiento por el Gobierno Federal, en 1965, de un plan quinquenal de alquiler de viviendas, con la finalidad de proporcionar a todos los esquimales del Norte un alojamiento adecuado al tamaño de su familia, con un alquiler basado en su economía y sus recursos familiares. La antigua vida nómada —del iglú a la tienda— de los esquimales es cada vez más sedentaria.

Una de las piedras angulares de toda buena estructura económica y social es, por supuesto, la educación. En 1950, solamente 120 niños, de una población esquimal de 9.000 personas en los Northwest Territories, iban de modo regular a la escuela. Ningún esquimal había llegado a terminar sus estudios, ninguno había recibido formación profesional, ninguno podía aspirar a un puesto de trabajo que no fuera el de servir de trampero o de intérprete al hombre blanco.

El pueblo esquimal carecía de toda perspectiva intelectual o profesional. Hasta entonces, los misioneros se habían encargado de organizar clases en relación con sus actividades religiosas. Cuando empezó a funcionar, hacia 1950, el sistema federal, el por-

centaje de los niños que recibían instrucción escolar era pequeño. Año tras año, se construyeron nuevas escuelas o aulas de clase. Hoy día, transcurridos sólo 20 años, más del 90 por ciento de todos los niños en edad escolar asisten regularmente a la escuela.

El gobierno está intentando establecer un sistema que proporcionará a los esquimales la igualdad de oportunidades de educación respecto de los demás canadienses. Debido al obstáculo de la lengua y a las diferencias culturales, no ha sido fácil preparar un plan de estudios satisfactorio. El idioma escogido para la instrucción es el inglés. Maestros auxiliares esquimales ayudan a los principiantes, en su iniciación escolar, a salvar el desfase cultural de que adolecen.

El desarrollo del Norte exige una mano de obra especializada. Ahora bien, resulta difícil contratar a trabajadores del sur y mantenerlos en regiones remotas e inhóspitas. De ahí que en todos los territorios septentrionales se esté formando a los esquimales como mineros, operarios de maquinaria pesada, fontaneros, carpinteros y mecánicos. Ocupan también puestos de intérpretes y de dependientes en cooperativas y establecimientos de venta al por menor y en las oficinas públicas. El Gobierno se ha fijado para 1977 el objetivo de cubrir el 75 por ciento de los puestos de la administración pública en el Norte con residentes locales.

Las muchachas esquimales estudian para llegar a ser maestras, peluqueras, enfermeras auxiliares y cocineras profesionales. En nueve localidades del Artico aprenden las técnicas caseras en escuelas de economía doméstica y estudian administración del hogar, puericultura, primeros auxilios, nutrición y corte y confección.

Uno de los aspectos más importantes del programa de enseñanza es el de la educación de adultos, que consiste, en síntesis, en ofrecer a éstos una oportunidad de adquirir nuevos conocimientos prácticos, cualesquiera que sean su edad y su nivel de instrucción.

Los esquimales participan ya en la labor de explorar y aprovechar toda la riqueza mineral y petrolífera del Norte; un cierto número de ellos han aprendido la técnica de perforación de pozos en Alberta y trabajan en la industria del Artico superior. Es indudable que la vida de otros muchos esquimales cambiará más todavía en los años próximos, al ritmo acelerado del desarrollo minero.

Pero no todos los esquimales serán mineros. Como canadienses que son, muchos de ellos preferirán vivir en el Sur. La educación va emparejada con la movilidad, y con ésta surgen nuevas posibilidades de elección. El objetivo último de la política estatal debería consistir en ofrecer a los esquimales la oportunidad de escoger libremente el tipo de vida que desean llevar y, también, su lugar de residencia.

A los esquimales de antaño sólo les cabía la posibilidad de desplazarse en función de la caza. Los de hoy pueden aceptar un empleo asalariado en los poblados de asentamiento y adaptarse a este modo de vida. Pero sus perspectivas siguen siendo limitadas.

La economía de caza o los recursos renovables del Norte han sido siempre reducidos con respecto a los mercados exteriores y no en relación con las mucho más modestas necesidades locales. En los millones de kilómetros cuadrados de territorio, y a lo largo de los miles de kilómetros de litoral, ha de haber ciertamente recursos suficientes para mantener a una población mucho mayor. Todo dependerá de que se localicen esos recursos y se mejoren los métodos de explotación.

Una actividad tradicional que sigue teniendo gran aceptación es la caza de focas, que proporciona alimentos y dinero en efectivo, a cambio de las pieles, y prestigio al cazador, lo cual es igualmente importante en esta fase de cambio cultural, en la que la figura dominante en el estilo de vida esquimal se ve amenazada de tan diversos modos.

A la caza de la foca va unida la del zorro blanco. Aunque el número de quienes se dedican a esta última modalidad se irá reduciendo, al aumentar la proporción de los que buscan un trabajo remunerado fijo, siempre habrá quienes opten por ella, mientras exista una demanda de pieles de ese animal. Según nuestros cálculos, hay todavía en ese inmenso territorio unas mil familias que, por preferencias personales y por obra de las circunstancias, siguen viviendo en una economía de

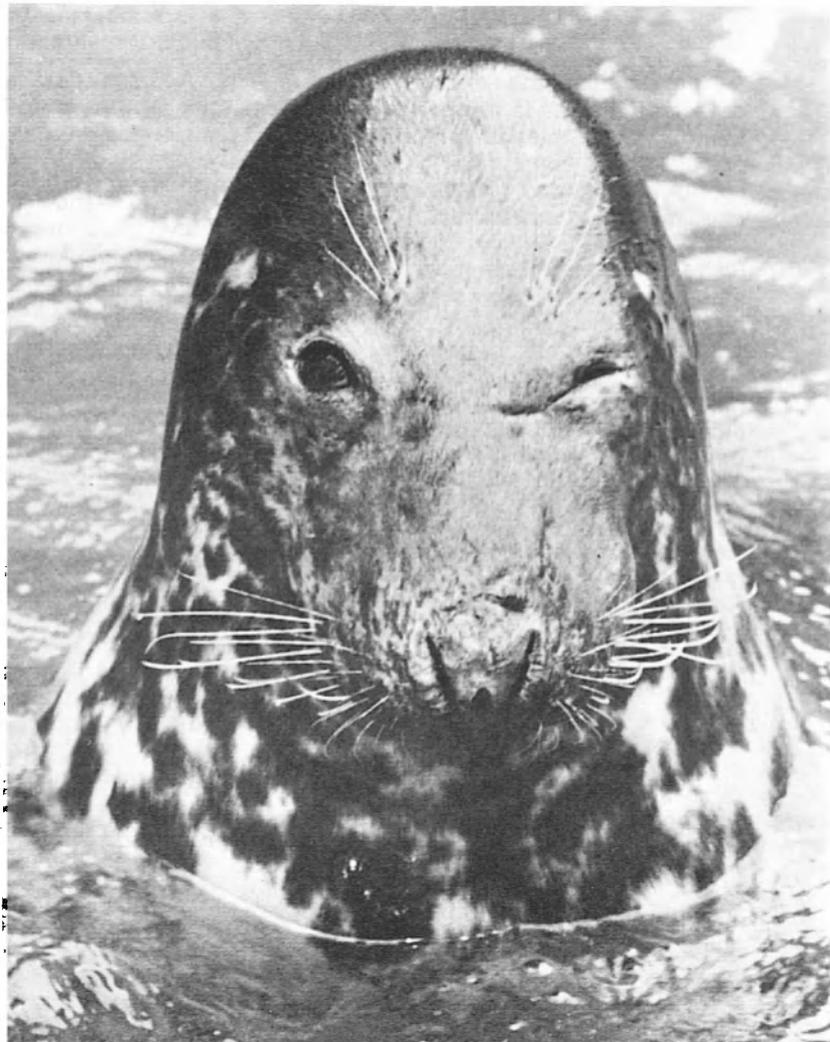
caza. Muchas de ellas obtienen lo esencial de sus ingresos en efectivo de la caza de focas y la venta de pieles.

La caza y la pesca están estrechamente relacionadas con los programas de fomento del turismo, en los que participan los esquimales como intérpretes y encargados de los refugios deportivos. La belleza áspera y espectacular del Artico y de la caza y la pesca atraerá año tras año a un número creciente de visitantes.

Uno de los factores más enérgicos y rigurosos de cambio y de readaptación del modo de vida esquimal es probablemente la urbanización. Hoy día, un número cada vez mayor de familias abandonan sus pequeños campamentos familiares dispersos por el territorio y se instalan en aglomeraciones concebidas con arreglo al modelo de las ciudades del sur canadiense. El pequeño puesto de venta ha pasado a ser una tienda completa, y los poblados aislados son hoy colectividades organizadas en el marco de la región nórdica.

Esto ha traído consigo un modo de vida más sedentario y todos los servicios públicos de una ciudad: servicios municipales, cooperativas de venta, escuelas, dispensarios y hospitales, iglesias, buenas viviendas, posibilidades de encontrar un trabajo asalariado y otras oportunidades de llevar una activa vida social en una ciudad auténtica. Aun aportando muchas cosas buenas, el crecimiento de estas poblaciones ha entrañado también una profunda readaptación social para el esquimal nómada, que es hoy un residente urbano.

Foto Erik Parbst © Rapho, Paris



Acostumbrados a la vida independiente y no programada del campamento, a algunos de los nuevos trabajadores y empleados les resulta difícil amoldarse a ciertas normas laborales y a la disciplina de una jornada laboral de nueve a cinco. El cabeza de familia, que sigue cazando, se desplazará quizás en un *skidoo*, en vez de utilizar el trineo tradicional arrastrado por perros. Dejará a su familia en su hogar fijo, y se irá tierra adentro a cazar a una distancia mayor que antes.

Muchas personas siguen teniendo ideas románticas sobre los esquimales: piensan que viven en casas de nieve, comen carne cruda y son un pueblo apacible, sonriente y singular. A ello tienden en especial ciertos autores propensos al sensacionalismo después de haber pasado una semana en el Ártico. A mi juicio, en todos los textos polémicos que se escriben hoy sobre el pueblo esquimal canadiense —y que en gran parte obedecen a una mala información y a un sentimentalismo excesivo— se suele olvidar que los esquimales no son un objeto de curiosidad malsana. Son seres humanos, normales y corrientes, que viven en un medio especial. Incluso con los problemas de cultura y transición actuales, comparten los mismos temores y esperanzas que el resto de la humanidad y se expresan hoy como canadienses que viven en una sociedad democrática.

Mucha gente piensa que los esquimales deben seguir viviendo en un estado primitivo, y a menudo se ponen en tela de juicio los planes oficiales

que les conciernen. Para mí es obvio que, como dijo Knud Rasmussen, uno de los más ilustres especialistas de los problemas esquimales, «cuando la mano de la civilización toca a un pueblo primitivo, no cabe la posibilidad de volver atrás». Por consiguiente, procede poner a disposición de todos los pueblos, lo más ampliamente posible, los beneficios del saber acumulado por el hombre.

Otra cuestión que se plantea es ésta: ¿se vive mejor cuando se tienen más bienes materiales, cuando se goza de instrucción, de una esperanza de vida, de una salud, de una ayuda en la adversidad mayores? La respuesta no puede por menos de ser afirmativa, porque se trata de objetos materiales, en contraposición a los espirituales de las aspiraciones humanas, en las que se inspiran nuestros conceptos concretos del bien, la moral y el derecho.

El problema esencial radica en el propio concepto de desarrollo. El desarrollo del Norte es un proceso histórico que se inició en el pasado y que proseguirá en un futuro imprevisible. Simplemente por razones económicas, no cabe invertir esa evolución. Pero hay un aspecto igualmente importante: los hombres. Las «bolsas» de indiferencia e inercia humana son ya tan intolerables como las de inercia económica. La responsabilidad de la sociedad tiene que aplicarse a la vez a los recursos económicos y a los humanos.

Por una ironía del destino, en el Norte el desarrollo económico no solamente es el requisito previo para el desarrollo humano sino que constituye

además el desafío principal para la responsabilidad social. Se están explotando las posibilidades de la tierra empleando lo mejor que puede ofrecernos la moderna tecnología. ¿Cómo afecta esto a la población directamente interesada por ese desarrollo?

El concepto de responsabilidad descarta la solución consistente en dejar que los esquimales prosigan su vida tradicional, muy poco romántica por cierto, pese a las idealizaciones de quienes permanecen ciegos a las penalidades, las enfermedades y la tragedia de la muerte en temprana edad. Semejante actitud les condenaría simplemente a la extinción gradual, ante una sociedad tecnológicamente superior, de la que quedarían excluidos.

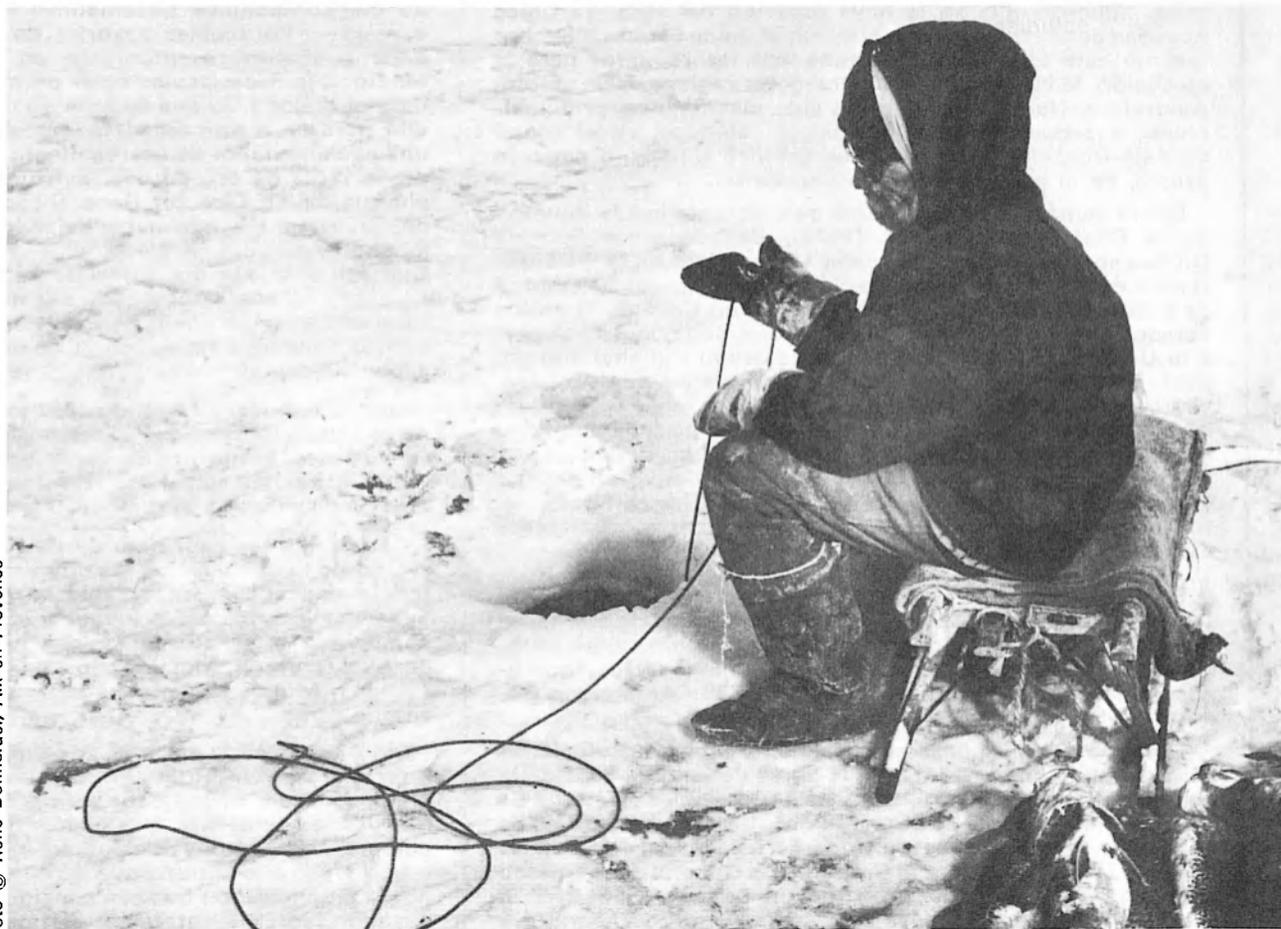
La única posibilidad es la que, en cierto sentido, pone en práctica esa responsabilidad social en función de la dura realidad del desarrollo económico. El hecho de ser una parte decisiva de la sociedad consiste en algo más que en convertirse en un mero engranaje de una máquina. Presupone una personalidad cultural, sin la cual se pierden una gran parte de los valores humanos de un pueblo y que no puede operar si no guarda relación con las realidades económicas de la vida canadiense que la rodea.

Alexander Stevenson

LA FOCA EN LA VIDA Y EN EL LENGUAJE

En la lengua esquimal existen varias decenas de palabras para designar la foca según su edad, su tamaño, su posición sobre el hielo, etc. Esta riqueza de vocabulario se explica por la importancia que ese animal tiene en la alimentación y en la vida diaria de los esquimales. Las focas perforan el hielo para respirar y los cazadores vigilan constantemente esos agujeros de respiración para atraparlas. En cambio, cuando se trata de capturar peces, son los esquimales quienes han de abrir los agujeros en el hielo. La foto de la derecha sugiere las largas horas de espera y de inmovilidad necesarias para obtener este complemento indispensable de alimentos frescos durante el largo invierno de las regiones árticas.

Foto © René Bonnardel, Aix-en-Provence



Declaración del señor Amadou-Mahtar M'Bow, Director General de la Unesco, a propósito de Israel

Las informaciones que la prensa, la radio y la televisión han difundido acerca de las decisiones relativas a Israel aprobadas durante su 18a. reunión por la Conferencia General de la Unesco han sido a menudo inexactas e incluso carentes de objetividad.

Dos resoluciones adoptadas por la Conferencia General guardan especial relación con Israel: la primera se refiere a la composición de los grupos regionales constituidos en el seno de la Organización; la segunda a la protección y la salvaguardia del patrimonio cultural de Jerusalén.

■ Interpretando de una manera incompleta o errónea la resolución relativa a la definición de las regiones con miras a la ejecución de actividades de carácter regional, se ha sostenido, por ejemplo, que Israel había sido excluido de la Unesco o que se le había puesto en la imposibilidad de participar en las actividades de la Organización.

Israel no ha sido excluido de la Unesco ni de ningún grupo regional de la Organización.

Israel continúa formando parte de la Unesco conjuntamente con los 135 Estados Miembros que componen la Organización.

A efectos de la elección de los miembros del Consejo Ejecutivo, Israel sigue estando clasificado dentro del Grupo I (Europa occidental), igual que Australia, Canadá, Estados Unidos y Nueva Zelandia, situados geográficamente fuera de Europa.

Durante la 18a. reunión de la Conferencia General, Israel presentó, como Canadá y los Estados Unidos, un proyecto de resolución a fin de que se le incluyera «en la lista de países autorizados a participar en las actividades regionales europeas para las cuales la representatividad de los Estados constituye un elemento importante». Las resoluciones relativas a Canadá y a Estados Unidos fueron aprobadas; en cambio, la Conferencia General, es decir, los representantes debidamente acreditados de los gobiernos de los Estados Miembros de la Organización, rechazó la presentada por Israel. Quiere ello decir que Israel se encuentra exactamente en la misma situación en que se hallaba antes de la 18a. reunión de la Conferencia General. En modo alguno puede, pues, aducirse que se le haya excluido de nada. La única novedad consiste en que Israel es hoy el único Estado Miembro que no está incluido en ninguna «de las regiones para la ejecución de las actividades de carácter regional». En efecto, Australia y Nueva Zelandia han sido clasificadas, principalmente a propuesta de cinco países asiáticos, en el grupo de Asia-Oceanía, y Canadá y los Estados Unidos, a petición propia, en el grupo de Europa occidental.

Por lo demás, debe recordarse que, durante la 17a. reunión de la Conferencia General (1972), Canadá y los Estados Unidos solicitaron en vano poder tomar parte en la II Conferencia de Ministros de Educación de los Estados Miembros de Europa. En ese momento a nadie, ni en Canadá, ni en los Estados Unidos ni menos aún en Europa, se le ocurrió acusar a la Unesco de haberlos excluido de grupo regional alguno. Esos países, al igual que Israel, participaron como observadores en la conferencia que tuvo lugar en Bucarest en diciembre de 1973. Israel sigue disponiendo de tal posibilidad si una conferencia ministerial fuera convocada de nuevo en Europa. De igual modo Israel puede participar en calidad de observador, como ha venido haciendo hasta ahora, en todas las conferencias regionales de ministros, cualquiera que sea el lugar donde se celebren.

■ En la segunda resolución la Conferencia General «pide al Director General que se abstenga de facilitar ayuda a Israel en las esferas de la educación, la ciencia y la cultura, en tanto no respete escrupulosamente las resoluciones y las decisiones» tomadas por el Consejo Ejecutivo y la Conferencia General.

Esta resolución se basa esencialmente en las Resoluciones 2253 de 4 de julio de 1967 y 2254 de 14 de julio de 1967 de la Asamblea General de las Naciones Unidas y las 267 de 3 de julio de 1969 y 298 de 25 de septiembre de 1971 del Consejo de Seguridad relativas al estatuto de Jerusalén, así como en las decisiones adoptadas por la Conferencia General de la Unesco en sus 15a. y 17a. reuniones y por el Consejo Ejecutivo en sus 82a., 83a., 88a., 89a. y 90a. reuniones. Al aprobar una nueva

resolución, la Conferencia General ha considerado que el gobierno de Israel no había tenido en cuenta los apremiantes llamamientos que se le habían dirigido desde 1968 para que «se abstuviera de hacer cualquier excavación arqueológica en la ciudad de Jerusalén y de toda modificación de su carácter o aspecto cultural e histórico, particularmente en lo que concierne a los lugares religiosos cristianos e islámicos».

Comprobando que han proseguido las excavaciones y trabajos que a su juicio pueden causar perjuicios a los lugares religiosos cristianos e islámicos, la Conferencia General, seis años después de su primera intimación, decidió condenar la actitud de Israel por considerarla «en contradicción con los fines de la Organización enunciados en su Constitución...»

Conviene subrayar que, al reafirmar todas las resoluciones anteriores sobre Jerusalén, la Conferencia General pidió de nuevo en forma explícita al Director General «que prosiga su acción encaminada a garantizar la presencia efectiva de la Unesco en la ciudad de Jerusalén».

Estos son los hechos. Es de esperar que ellos permitan a la opinión pública formarse una idea más justa de las resoluciones aprobadas por la Conferencia General en su 18a. reunión. En el pasado se han tomado decisiones similares sin provocar las reacciones que ahora se han producido.

Se habla de «politización de la Unesco» como si las organizaciones del sistema de las Naciones Unidas no hubieran nacido de una voluntad política: la de fundar una paz justa y duradera, contribuyendo al progreso general de la humanidad y al reforzamiento de la comprensión y la cooperación entre todos los pueblos. Dado que la Unesco la forman prácticamente los mismos Estados Miembros que la Organización de las Naciones Unidas y siendo de carácter gubernamental su representación en la Conferencia General, es natural que los problemas que agitan al mundo tengan eco en ella.

Por mi parte, como declaré en la sesión de clausura de la 18a. reunión de la Conferencia General, pienso que en una Organización cuyas finalidades se relacionan con esferas tales como la educación, la ciencia y la cultura, debemos evitar ciertos enfrentamientos que adquieren el aspecto de confrontaciones sistemáticas e incluso la aprobación, aunque sea por fuertes mayorías, de resoluciones que puedan dejar profundo resentimiento en algunos. Considero, en efecto, que necesitamos estar permanentemente dispuestos para el diálogo, lo que supone que nos esforcemos, aunque ello parezca a primera vista imposible, en buscar, mediante una paciente labor de acercamiento, el consenso que debiera ser la regla de oro de una institución como la Unesco. De ahí que, como Director General recientemente elegido y no habiendo por ello mismo participado en los debates iniciados mucho antes de mi elección, anunciara a la Conferencia General, si a ello me autoriza, mi firme intención de salir de ahora en adelante, y cada vez que sea necesario, de una reserva demasiado fácil para tratar de acercar los diferentes puntos de vista a fin de lograr en la medida de lo posible un acuerdo general.

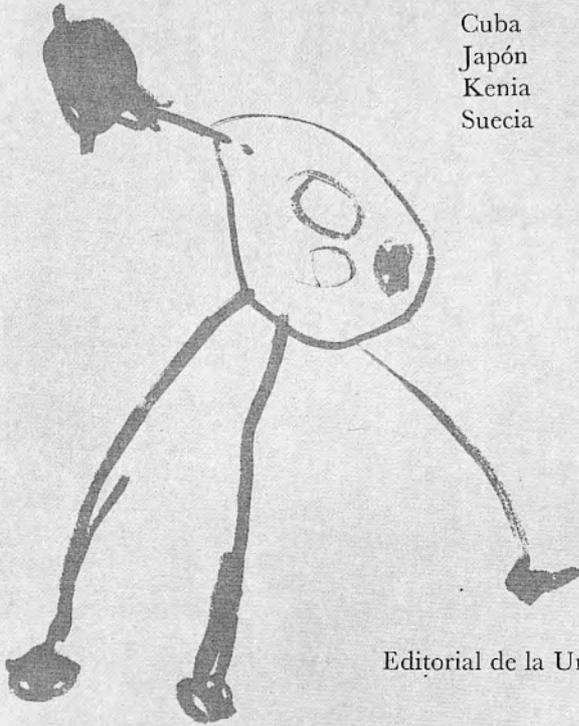
Lamento, pues, que dando crédito a informaciones cuando menos incompletas, y a menudo deformadas, algunas personalidades hayan creído su deber adoptar posiciones tan tajantes, cuando su calidad de intelectuales debería haberles más bien inclinado al diálogo.

Cabe recordar aquí que, desde hará pronto treinta años, la Unesco lleva a cabo en los diferentes campos de su competencia una acción en la cual han participado hombres y mujeres de todos los orígenes y creencias, para bien de la comunidad internacional, y que ahora mismo, en el seno de la Secretaría, funcionarios de más de un centenar de Estados Miembros —incluido Israel— colaboran en esa común tarea.

Sigo convencido de que, a condición de que los Estados interesados consientan en prestarse a ello activamente, en la Unesco debería ser siempre posible hallar solución a todas las tensiones que obstaculizan la cooperación y la comprensión internacionales en las esferas de su competencia. Pero ello entraña que las normas y las reglas definidas por la Organización no sean consideradas como letra muerta cuando afectan a intereses particulares.

Monografías sobre educación especial

Cuba
Japón
Kenia
Suecia



Editorial de la Unesco

Cuatro estudios sobre la educación de los deficientes

El tema de los deficientes, físicos o mentales, minusválidos o subnormales, es hoy de acuciante interés en todo el mundo. De ahí los esfuerzos que por doquier se despliegan con vistas a la implantación y el mejoramiento de los servicios de educación a ellos destinados: la llamada «educación especial».

A este tipo de educación está dedicado este volumen que acaba de publicar la Editorial de la Unesco y en el que se incluyen cuatro estudios relativos a otros tantos países: Cuba, Japón, Kenia y Suecia, diferentes por la lengua, la situación geográfica y el sistema económico, social y político.

Cada uno de los estudios comprende un examen histórico de la creación y el desarrollo de la educación especial para los distintos tipos de deficientes y una exposición de los procedimientos empleados a fin de identificar a los niños con deficiencias de uno u otro tipo. Se indican asimismo las disposiciones tomadas para ellos en las escuelas, las clases especiales y los centros de rehabilitación, así como las medidas para integrarlos en el sistema de educación con los alumnos ordinarios y en la vida de la comunidad, la formación de maestros especializados, etc.

El volumen está principalmente destinado a los responsables de la educación, al personal docente y a los psicólogos escolares, pero también a los padres de los niños deficientes.

207 páginas

24 francos franceses

Para renovar su suscripción

y pedir otras publicaciones de la Unesco

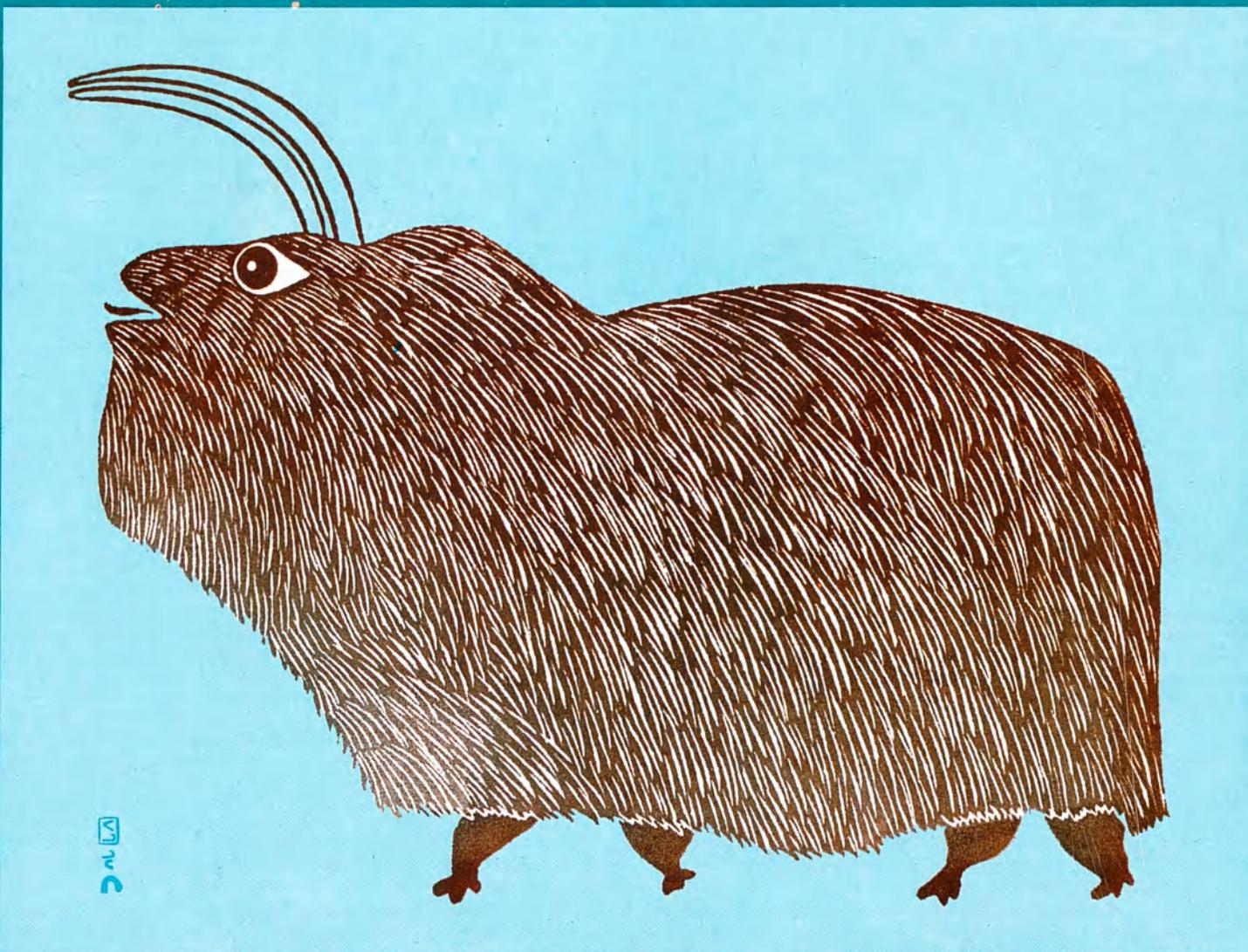
Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

★

ANTILLAS HOLANDEAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao. — **ARGENTINA.** Editorial Losada, S.A., Alsina 1131, Buenos Aires. — **REP. FED. DE ALEMANIA.** Todas las publicaciones: Verlag Dokumentation Postfach 148, Jaiserstrasse 13, 8023 München-Pullach. Para « UNESKO KURIER » (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. — **BOLIVIA.** Librería Universitaria, Universidad San Francisco Xavier, apartado 212, Sucre. — **BRASIL.** Fundação Getúlio Vargas, Serviço de Publicações, caixa postal 21120, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, GB. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, avenida Jiménez de Quesada 8-40, apartado aéreo 49-56, Bogotá; Distriblibros Ltda., Pío Alfonso

García, carrera 4a, Nos. 36-119 y 36-125, Cartagena; J. Germán Rodríguez N., calle 17, Nos. 6-59, apartado nacional 83, Girardot, Cundinamarca; Editorial Losada, calle 18 A Nos. 7-37, apartado aéreo 5829, apartado nacional 931, Bogotá; y sucursales: Edificio La Ceiba, Oficina 804, Medellín; calle 37 Nos. 14-73, oficina 305, Bucaramanga; Edificio Zaccour, oficina 736, Cali. — **COSTA RICA.** Librería Trejos S.A., Apartado 1313, San José. — **CUBA.** Distribuidora Nacional de Publicaciones, Neptuno 674, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S.A., casilla 10.220, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR,** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a. calle Oriente No. 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Ediciones Iberoamericanas, S.A., calle de Oñate 15, Madrid 20; Distribución de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vitrubio 16, Madrid 6; Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egipcíacas 15, Barcelona; Ediciones Liber, apartado 17, Ondárroa (Vizcaya). — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unesco Publications Center, P.O.

Box 433, Nueva York N.Y. 10016. — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila. D-404. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco 7-9, Place de Fontenoy, 75700 París, C.C.P. París 12.598-48. — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a. calle 9.27 Zona 1, Guatemala. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O. Box 366; 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie « Aux belles images », 281, avenue Mohammed V, Rabat. « El Correo de la Unesco » para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (CCP 324-45). — **MEXICO.** CILA (Centro Interamericano de Libros Académicos). Sullivan 31-Bis México 4 D.F. — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho Ltda., caixa postal 192, Beira. — **PERU.** Editorial Losada Peruana, apartado 472, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70, Lisboa. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres S.E.1. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya, S.A. Librería Losada, Maldonado 1092, Colonia 1340, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería del Este, Av. Francisco de Miranda, 52-Edificio Galipán, Caracas.



El arte vivo del Artico

La extraordinaria aptitud de los esquimales para las artes plásticas se advierte en la decoración de sus objetos de uso diario tales como armas, herramientas e instrumentos de música, esculpidos o grabados en hueso, en dientes o colmillos de morsa o en trozos de madera arrastrados por las corrientes. Los objetos artísticos de los esquimales son hoy muy apreciados en el mundo entero. He aquí dos ejemplos del arte zoomórfico de Cape Dorset (Canadá), notables por su forma estilizada y por su concepción humorística. Arriba, «Pequeños buhos», grabado en piedra retocado con esfumino del artista esquimal Jamasie. Abajo, «Buey almizclado», obra del artista Pudlo que figura en el calendario « Reflets du Pays, Cape Dorset 1975 ».